

Ellos vienen a firmar un papel. Un original y dos copias, un contrato. Entonces leen en voz alta la apropiación de los esponsales, el mobiliario del hogar y las arras, esas trece monedas que le arrebatan.

En el medio del papel, él, uno de ellos, dibuja una pija rosada. La dibuja y se la muestra. En el hueco de los árboles, en su muro acanalado, sus rapaces ojos abiertos intercambian chucherías. Y en ese intervalo barroso, espera. Desposada, voraz, insaciable, mira y se harta de comer masitas de sésamo, y luego vuelve a mirar. Aquel papelito, los vestigios de un dibujo que ellos exhiben por orden del que manda.

Alrededor de una mesa larga, en el vestíbulo de su casa paterna, todos firman. Leen y firman. Mientras, ella mira ese papelito.

Mira por arriba del rabillo del ojo y desde el abismo. Desafortunada, le dan un lápiz y se pasa de la raya. Firma mirando, con los ojos de un tejido de hilos formando lazos. Oprime toda esa luz que le llega desde arriba.

Del iris se suelta un carretel. No sabe si tira para abajo como una mano que cuelga flácida o si trata de escalar. Y se deja ir, dibuja veteaduras miméticas donde ayer hubo espectros. Y se disuelve en redes evanescentes que se ondulan. Redes al azar como bastones, como peldaños de un foso inclinado en ordalías de resignación.

Fascinantes bastidores mortificados absorben la mirada.

Como el amén de hipnóticas oraciones ellos firman, celebran con guiños deletéreos. Ella se escarba el borde de los labios, juega. Tiene miedo de que pinchen sus ojos escamosos si se hace ver. Acomoda las manos, las pone en una caja oval junto a un mechón de pelo, se escabulle. Vaivén en celo del hambre en este pacto donde la sustracción es la diferencia. Eso de más que da, el mal de sobra, ese recargo de inanición infinita. Entonces, sólo entonces, siente el calor del fuego como escaras en los ojos, como pasmos en su agua vítrea.

*Salgo a la calle, raspo mis piernas en edificios que se estiran vaciados, que flotan en un mar monolítico y me asedian. Movimientos de respiraciones calcáreas de columnas y cemento. No soy yo la que camina. Sombras cóncavas de polvo grasiento vibran, titubean, tiemblan. No soy yo la que sube, la que baja y se dirige al río. Balcones calientes de rotas persianas flamean desnudándose. No, no soy yo. Es esta abertura disuelta en el asfalto donde todo se pierde. Esta curva cerrada sin parantes donde se dobla la ciudad.*

Huelen a orín estas calles encerradas que se agitan en plena madrugada. Puertas como tijeras de hierro filtran la luz. Una bicicleta solitaria pedalea en sentido contrario y no se detiene. Negocios acerados anuncian tibios almuerzos. Y en todos lados, todo lo que late, palpita, vive... *No soy yo.*

“Sos buena porque sos fea, nena. Quién te iba a hacer algo con ese cuerpo”. *Me miro en el espejo y veo mis gestos al revés. No tienen volumen ni calor mis formas en la pared plateada.* Allí, la chica de pechos planos alarga sus brazos. Ladeada en un lugar sin respaldo, mastica a ras del suelo. No mira, no quiere arriesgarse. Tiene rabia y se muerde.

Sus ojos son globulosos, los codos un pellejo con granos. Tiene hematomas sobre párpados que se estiran y giran. Y labios de selva del África abriéndose en espiral. Tiene las piernas infectadas y pelos en el glúteo, alrededor del ombligo y en el contorno de los pezones. Tiene los pies torcidos que se vencen a los lados. El tórax se hincha hacia adentro y chupa las caderas. Y el cuello de pálida piel amarilla está atado a la frente por el tabique nasal. Un mamarracho, una desproporción, inadecuada línea de filamentos. Pegote de telaraña que se aglutina.

*Tengo frío. Estoy llena de viento que se desata trayendo agua. Una sudestada. Anega, se desborda. El agua me llega hasta las rodillas. Mi vientre hace ruido y las manos sobre mi boca gritan como si molieran peces*

*debajo de la cama. Me tapo. Que nadie vea la sombra del bozo, los pelos de la barba.*

*No quiero que me vean. Me envuelvo en una sábana, una tela que ellas bordaron con mi nombre, que bordaron y bordaron aun antes de conocerme. Una tela sólo para mí.*

Está doblada. La veo. La estoy mirando. Desde los frontispicios, los altares, desde los apóstoles, desde María; con múltiples rostros.

Te estoy mirando. Mi deseo de verte está esculpido en madera y no puede sostenerte. Como estática pasión astillada se pliega en tu cuerpo. Entonces, mis ojos de bronce se convierten en el recuerdo de un gesto. O en siglos de peregrinación de un éxodo inevitable, pecador.

Te estamos mirando con los ojos de mármol, con los ojos de Yael en las manos que ahora te escriben.

Soy el testigo, el que está presente, el que te contesta. Juro, protesto, alego. Doy fe de la disposición del orden del estremecimiento. En este lugar pongo todos tus bienes. Y hablo, te cito. Escribo para fundarte, en oraciones que predicán. Y en las palabras, hasta los cabellos te he contado. En la disensión atormentada de tus muertes escribo diciendo: ‘Yo conozco a la mujer, a la pequeña todavía sin sexo, a la niña’. Soy testigo.

Como si estuviera aterida o temiera caer, hunde la cabeza entre sus rodillas.

Las sábanas están frescas, duras como el cartón. Duras, limpias y perfumadas, olor empalagoso de flores viejas, de tallos en agua estancada.

Todo es hoy. Y hoy está en la cama en este cuarto casi vacío.

Hoy es sábado y no es tiempo de tener las persianas echadas, los visillos corridos. El sol atraviesa hendijas rotas. A veces pierde la noción de su cuerpo, cree que es esa habitación, con un sol que quiere colarse, que quiere ser mediodía.

*De repente un ruido metálico me tapa como una colcha caliente. Un ruido, primero agudo, luego grave.*

*Aguda, luego grave gira la llave en la puerta. Entonces se cierra la voz en mi garganta.*

*Ellos saben que mi cuerpo obedece, que no es inocente. No son inocentes las piernas que frotan, que ellos empastan con cremas en el baño cotidiano.*

Rígidus sus brazos encadenados sobre el pecho, manos cruzadas sobre la vestidura de cobre. Él, uno de ellos, levanta el lecho de laja. Irrevocable sombra que avanza. Pliegues que guardan, que juntan y se arrastran. Sonrientes, ellos la toman del hombro, la conducen por el pasillo. *No vuelve mi cuerpo. Paso acompasado hacia el fondo de piedra. Un paso más y otro, y torrentes de polvo. Ojos como cordeles de máscaras, ojos que exhiben dientes por pupilas. No vuelve este cuerpo. Hacia el olor de óseas cicatrices que irrita, que aprieta, me deforma. Ocho, dos a cada lado. Ocho hacia el santuario, hacia el salón. Adentro, ellas encienden todas las luces. El verdugo toca su música de cadáveres. Salmodia que tapa el bramido,*

*letanía que me relame. Tierra a montones en la boca. Una palada y otra. “Calladita y adornada, nena, esa es la regla”.*

*Mamá, mamá. ¿Estás ahí? Algo se quema, me ahoga. Algo se quema tanto que me da frío. ¿Estás ahí?*

Asepsia y desayuno liviano, así comienza la mañana. Un vaso de leche descremada y un platito de pastillas blancas garantizan su descanso.

Han regalado sus libros, desalojado su música. Han ordenado la biblioteca y en su lugar han puesto cositas de cerámica, cositas inofensivas de colores cálidos. Cositas que son recuerdo de nada.

También es culpable la memoria. Por eso han recortado sus fotos. Entonces dicen que no era tan alta, y no tenía los ojos tan grandes, ni las pestañas tan largas. Tiene tachaduras en su álbum familiar.



Si su cabello fuera más lacio, y más clara su tez, y más firme y más redondo su culito. Si lo sensual en ella fuera previsible. Ellos le inventan nombres.

No entra el vuelo en su cuerpo, se desborda por los dedos, se arrastra por las terrazas que se escapan, que siempre se escapan.

Esta pieza está casi suspendida. Separada por una escalera, está alejada del resto de la casa. Ellos viven allá abajo. A veces puede bajar, puede saludar a las visitas. Cuando sus gestos son amables y su comportamiento adecuado también la dejan salir a pasear. El paseo seguro termina en la casa donde vive gente que habla el mismo idioma. Y allí se juega a las cartas, o se discute acerca del tiempo o de algún vecino. Cuando es la hora, uno de ellos la trae de vuelta a la casa.

Algunos días, como hoy, la llave gira seca y los pasos se pierden escaleras abajo.

Más tarde cantan y bailan celebrando los avances de la ciencia, la química restaurada de su cabeza que no molesta.

*Y me niegan. Ellos no se comportan como si yo estuviera ausente, ponen un plato de más, lo colocan en un extremo, prolijamente, como si compartiera la mesa que ellos disponen para sí. Y comen en el mismo idioma que cantan, comida picante de gusto selyúcida. Luego toman café jugando con un collar de cuentas, una especie de rosario de colores que revolean dominando el aire.*

Han construido un baño cruzando el pasillo, al otro costado de la pieza. Tiene una puerta vidriada, toda transparente. *Ellos observan mis manos desde allí, para que no se detengan cuando me lavo sentada. Y es inútil la orden de no tocarme.* En circunstancias no muy claras han hecho circuncisiones adentro, muy adentro, allí donde ya no entra ningún bisturí.

Sin embargo, ella tiene una saliente porción de carne tibia atravesando sus sueños.

Dos veces por semana entibian el agua, la enjabonan. Un jabón neutro para todo tipo de piel, para su piel que entra en todas las clasificaciones.

Luego la peinan delante del único espejo que cuelga detrás de la bañera. No hay espejos en su cuarto, no sabe mirarse sola.

Esta habitación tiene un ropero lleno de trapos cubiertos con puntillas almidonadas. Hay polleras y camisas de tonos fuertes, ropa interior con olor a lavandina, medias zurcidas. No hay pañuelos. Ellos dejan los pañuelos abajo, en un cajón del salón, para usarlos cuando viene gente. No hacen falta pañuelos en los cuartos, no se llora en soledad.

Le dan un remedio que la obliga a sonreír. No son médicos, pero aprendieron a darle inyecciones.

Entonces le toman la temperatura, controlan su peso, la arrinconan ligeramente en la puerta y actualizan sus medidas.

Hay silogismos precisos, una lógica matemática en su debilidad, en las heridas que avergüenzan.

Varias vueltas de venda para ocultar la infección que supura. Vendan con exhaustiva dedicación, en la oscuridad, mirándose a los ojos. No hay biombo, ni

parapeto, ni puerta semicerrada. Debe desnudarse delante de ellos. Y ellos se sientan cómodos en el sillón, observando con curiosidad la sutura.

Están vacías de relojes las paredes. Los médicos dicen que no es bueno saber la hora. No es buena la línea que se repite, la manecilla como látigo en el cuadrante inmóvil.

Abajo la casa termina en un negocio que ellos atienden. El eco de las monedas en la caja indica la tranquilidad de un tiempo seguro. Ellos venden. Venden con la desproporción de los cazadores.

Son tan gentiles, tan dispuestos. Hacen tan bien su trabajo.

Cuando alguno de ellos sube le pone unas moneditas en el bolsillo, se acomoda el pantalón. Y ella debe agradecer. Debe decir gracias con las manos abiertas, flojo el cuerpo como en reverencia. Y la reprimen cuando deja sus centavos en la iglesia. Si por lo menos alguien la viera.

A veces camina aquí adentro, da vueltas alrededor de la cama.

*Oh no ir a ningún lugar. Dar vueltas. No avanzar.*

Luego aparecen los gestos perturbados. Sus labios se afinan, se contraen sus brazos. Hacen guardia al pie de la escalera.

No la dejan hablar con extraños. La traducen. No puede comunicarse en su idioma original.

Cuando tienen una fiesta debe acompañarlos. Le ponen cinturones metálicos bien ajustados, un vestido púrpura. En el baile la sacuden, observan con mirada oblicua sus caderas que se ondulan. Entonces le advierten: debe respetar a los mayores, a la familia, a los niños. No debe provocar la mirada de los hombres, el celo de sus esposas. Debe bailar sin entusiasmo, tiesa, como si fuera un tótem. Su cuerpo debe ser cortés y sus saludos distantes. Frío su entusiasmo. No pertenecerse.

La única fascinación debe guardarla para su cuarto, al regresar.

Él, uno de ellos, aprieta su boca, separa sus piernas.

La única aquietada fascinación para quienes guardan el semen en bolsitas de plástico.

Cuando sale a la calle debe llevar una libretita. Allí anotan los comerciantes vecinos lo que ellos le ordenan comprar.

Ella es una chica buena. De día camina con el cuadernito en la cartera. De noche cierra los ojos, deja su espalda para el peso de sus cuerpos, se ausenta.

Esta habitación está en el contrafrente de una casa que mira a la avenida. Lejos del barrio, de sus veredas angostas y sus perros callejeros, de sus umbrales polvorientos a la hora de la siesta. Lejos de la penumbra en los zaguanes.

Ellos se esfuerzan por progresar. Por eso viven de este lado del puente.

Las mujeres de esta casa compran coloridos frascos de vidrio que ordenan simétricamente en las repisas. Todos los días, como si se tratara de un ritual, limpian las paredes, vuelven a acomodar lo que nadie desordena.

Los hombres apilan diarios que compran para estar al tanto de todo, para envolver los restos de comida. O para ponerlos debajo de la puerta, como una barrera cuando llueve.

Aquí todas las cosas son nuevas. O así lo parecen. Cosas lustradas con un lustre brillante. Versiones modernas de antiguos esplendores. Pero sin manchas, sin rajaduras, sin el óxido de lo que tuvo origen incierto.

Nada usado por otros, todo virgen, nada recogido para la salvación.

Han empapelado el pasillo con sus diplomas: certificados decorativos, cuadros en blanco y negro como testigos de su ansiedad por estudiar sin resumen. Cuando

los niños pasan por allí, los ensucian con sus manos pegoteadas de mermelada. Como garabatos en las paredes, los papelitos oficiales revelan su inutilidad, su autoridad destituida.

Qué saben los intelectuales, tan alejados de lo real, tan ensimismados. Qué saben los intelectuales que ellos no sepan.

Un adorno. Una guirnalda de tinta impotente.

Aquí se ven resultados. El provecho material de lo positivo. Ellos son prácticos. La verdad es la postura de lo que conviene.

Ella no nació acá. Otro olor tenía el aliento de su tierra, otro clima. Tenía otro dolor el rostro de su hermano. Otros muertos.

Pero ya casi no recuerda. Han modificado sus documentos, reescrito su apellido.

No le llegan noticias de allá. Ellos las retienen. Ha pasado tanto tiempo que ya no recuerda cómo se aligeró la huella de su cuerpo. Tiraron su equipaje en alta



mar, en el camino de partida. Se debe cortar por lo sano. Extirpar de su historia la ruta del regreso imposible. Lo que no sirve, sacarlo de cuajo.

Ellos construyeron en el lugar conveniente, un lugar con acceso a las autopistas.

Le sirven la comida en una bandeja.

Porciones limitadas en platos de plástico. Debe comer poco, a ellos les gusta delgada.

En la bandeja hay un vaso de agua. El mismo vaso va y viene durante el día. Por las tardes cambian el agua por una taza de té. No hay copas en esta habitación. Los vinos sólo se ofrecen a las visitas los días de fiesta.

Ellos le sirven lo necesario en la bandeja de acero que espera en la cocina. Lo necesario y adecuado para quien debe ser liviana, con orificios pequeños y secos, orificios dolorosamente resistentes al embate del deseo.

Entonces ella come a escondidas. No conocen el placer de su boca chorreando duraznos.

Son tan atléticos. En cualquier rincón mueven sus cuerpos con gestos olímpicos. Tienen raquetas, pelotas de fútbol. Se tiran a la pileta en brazadas obsesivas, desesperadas. Nada es juego. Ellos no saben jugar.

Dedos como garras aprietan sus formas. Controlan la firmeza de sus piernas, verifican las estrías, aplican pomadas sobre las várices violetas. “Sos fea, nena. Sólo nosotros te aceptamos así como sos. Esas várices, ves, el signo de tu mal, de tu sangre corrompida”.

Por las noches le dejan la ropa lista. El vestido y el saco que usará el día siguiente. En estrictos colores, con hombros marcados, y en un prolijo planchado se alista su uniforme de mujer seria y solitaria. No debe parecer enferma. Si existe la enfermedad debe vestir como si no la tuviera.

Mientras camina, arroja a la calle las perlititas de naftalina del bolsillo. El día transcurre con la náusea de ese olor. Olor a tela conservada, a tejido del encierro.

No tiene amigos. Nadie desea amigos cuando se tiene una gran familia.

Cuando se despierta con dolor de cabeza, o con dolor de estómago, él, uno de ellos, la toma de la cintura y le dice: “Yo te curo enseguida, nena”.

*Tiene ojos la rigidez de su pene. Los ojos de toda la familia en el fondo de mi cuerpo.*

Él, otro de ellos, la penetra. El resto mira. Miran como en un laboratorio la disección del conejo. Miran con asombro, con avidez. Hay filos en sus ojos que cortan.

Es el día del casamiento. Un vestido blanco arrastra su cola larga. Los invitados bailan, comen, aplauden, miran el bordado en blanco del corset, su cara transparente, la diadema de perlas coronando la inocencia. Luego se van. Ella se desviste. Enagua de raso, enagua de percalina, medias de seda, una liga de encaje azul. Se saca una cosa tras otra.

“Ahora, nena, levánta las piernas”.

“Ahora a dormir, ya es tarde, nena”.

En la habitación contigua ellos esperan la prueba de su pureza, el testimonio. Ellos esperan las sábanas manchadas. *Y yo las manché. Yo manché hasta los días en que no había nadie del otro lado. Hasta los días en que ellos ya no esperaban. Probé. Como mazazos derribando una pared, como mazazos que se enfurecen ante el cemento, golpea y golpea. Él, uno de ellos, golpea para probar, para estar seguro.*

*No, no quiero dormir.*

En ese abandono, en esa pausa donde su cuerpo se resigna, las pesadillas. *Salgo de mi casa con un hermoso vestido. Camino entre la gente y todos me miran, todos miran mis piernas surcadas por costras de piel húmeda, sanguinolenta.*

*Luego yo soy una niña con una caja de juguetes. Acuno a mi muñeca preferida. Él, uno de ellos, la arranca de mis brazos y con gestos vulgares la viste desesperadamente. “Es vergonzoso para una niña jugar con una muñeca desnuda. Es provocativo. Indecoroso, propio de una niña sin familia”.*

*Entonces me quiero despertar, y corro por las azoteas de las casas vecinas; corro y salto, pero no alcanzo, no llego.*

Sudada entre los dobleces de la sábana y la almohada con su lana pegoteada, abre los ojos.

Una tela tapa la pantalla del televisor. Hay que evitar cualquier incitación, cualquier desafío que atraiga su descontrol.

Quiere vomitar.

Ellos son precavidos, rodean con toallas la cama. Ponen hojas de revistas viejas sobre la madera.

Un vértigo, una agitación imperceptible, adentro. Adentro, como volcándose, arcadas del alimento primigenio. Baja los brazos, agacha la cabeza. Ellos entran para secar el flujo irreverente.

Le atan correítas de la buena suerte a la muñeca. Una cinta celeste, un amuleto que la proteja, que sea como un moño en paquete metalizado, listo para regalar. Del cordón celeste cuelga una especie de piedra, también celeste. Hace ruido con los movimientos indicando su espíritu exaltado.

Entonces ellos se asustan. Corren hacia la habitación y comienzan a charlar. Ellos califican, llenan de adjetivos el nombre. Levantan el dedo, alzan la voz, juzgan. Son especialistas en repartir.

En la mesa de luz hay un lápiz negro, pastoso. Ellos le indican cómo delinear sus ojos, cómo acarbonar el párpado inferior, el superior; cómo endurecerlos y dejar en blanco la mirada. Ojos expuestos para impresionar, vacíos de emoción. Ojos para un entorno angosto, oscuro, delimitado. Ojos dirigidos únicamente a la cadencia de sus cuerpos. Entonces ellos se pasean desnudos delante de ella. Y ella finje que sus sentidos reaccionan, y se dobla entre sus cuerpos, se esconde de la mirada que vela.

“Ahora, ponete el vestidito corto y los tacos altos. Ponete medias. Caminá derecha. Sacate el pelo de la cara. No importa que los hombres no te deseen. Estamos nosotros, nena. Estamos para saquear la mitad bella de tu cuerpo, tu pequeña hendidura, tu cinturita, tus pechos como altos algodones”.

Al unísono todos. Y ella ensayando una excusa, alguna manera de quebrar el siempre igual, el todos los días, el todos los lugares, siempre igual. Se mira las manos, la boca, se ríe. ¿De qué te reís?

La invitada quiere llevar algo hasta el límite, llevarse hasta lo último, poder decirse, por fin, *ahora, hasta aquí, de entonces acá, después de esto, de eso; el día de hoy.*

Van y vienen por la casa con el libro de balances debajo del brazo. Ellos son sus acreedores. En la hoja rubricada hacen una línea y anotan. Anotan lo que se le da, lo que todavía les debe. Sólo unas décimas en el casillero del haber. Hipotecada, una cuenta para saldar en el futuro indefinido.

No hay ceniceros ni cigarrillos aquí. Ningún vicio en el ángulo voluntario de la virtud.

Cuando así lo deciden le presentan a sus clientes. Inducen sus respuestas. Y ella debe responder. Responder y sonreír según la conformidad que ellos consideren.

No saben nada de arte, pero examinan su rostro desde una visión pictórica. Pechos en los ojos, ombligo en la nariz y un pubis la boca. Ellos desean de su boca el pubis rasurado. Ellos no besan, quieren la profundidad, la



oscuridad de la garganta, el puro significado de su mandato.

Por eso guardan su cara detrás de la amonestación, la esconden.

Entonces pasa días enteros en la negrura del cuarto. Encienden la luz cuando quieren. Sólo ellos saben. Distinguen la cólera de su instinto que se daña. *Dicen que me daña.*

Ella habla a solas, habla despacito. De todos modos, nadie la oye. Un prolongado silencio ahoga su voz en la penumbra.

Habrà un castigo, dicen. Habrà un castigo por esta obstinación, esta ingratitud, esta insistencia suya en revolver los armarios, en buscar sus documentos originales.

Ellos arrancaron la tapa de su libro sagrado, pegaron con una técnica prolija un cartón con letras doradas.

*Estoy acá, y ellos son los elegidos.*

“Yo te voy a curar, nena. Quietita, así, así. Un poquito de crema y ya entra, ya se desliza”. Les gusta su resistencia, les indica la tensión de su supremacía.

“Qué buena sos. Tan buena, lista para heredarme”. En las reglas del legado, un hombre vale dos mujeres. *Pero yo soy tan buena. Si me curo, quizás me lo dejen todo.*

No cuentan historias, no construyen parábolas ni alegorías. Ellos dictan sentencias. Se ajustan al mundo concreto, un mundo que ha clausurado las metáforas.

Han cortado pedacitos de vidrio verde. Han dispuesto vidrios de botella azul verdoso sobre la pared medianera. Vidrios rotos que protegen. Como púas, como uñas quebradas en la contención del salto.

De este lado, los platos de porcelana blanca con florcitas y filetes dorados. Los platos apilados sobre la mesa del comedor. La simetría, la estrategia del orden.

*Yo imagino una sinfonía de formas quebradas, de cosas que ya no resisten, que no se retienen. Cosas que se abandonan a mi mano que las violenta.*

*Atravieso la cortina de tiras plásticas. La cortina para espantar las moscas. Me acerco al patio, tomo aire; no rompí nada. Yo soy el piso, los platos y la mano agitada.*

Ellos no la dejan sola. Le advierten temerosos sobre las consecuencias de su enfermedad. Entonces escriben en la agenda los turnos de la semana: radiografías, ecografías, estudio hormonal y un catéter que entrará abriéndole las venas para ver. Para ver más. Para ver donde ellos no llegan.

Desnuda, se somete al tratamiento para eliminar las verrugas. Algo helado para hacer desaparecer las marcas, para alisar. Luego, medio anestesiada, vuelve a la casa, a la escalera, al cuarto. En su ausencia han desinfectado todos los rincones. Olor a insecticida, a veneno que mata microbios. Ella entra. Le abren la cama. *Quiero soñar, pero, oh Dios, tengo ese olor en los ojos. Ese olor como espadas galopando, como espadas buscando mi cabeza, manoseando mi vientre.*

“Te vas a olvidar del olor, nena. Levantate la pollerita. No hace falta que te desnudes”.

Su cuerpo se pliega sobre la sábana blanca de la camilla.

Ellos regatean sobre el precio de cada centímetro de piel, de cada órgano dolorido.

Aquí, en el cuarto, en el rectángulo de acolchados de lana, del doble colchón, de las sábanas rayadas. Aquí lo desvestido es un hueco, un túnel, un ir hacia el lugar que no termina. El lugar que no grita, que recuerda.

Entonces sobreviene la presión definitiva. Hasta el fondo el aluvión de amenazas.

La lluvia espesa que él, uno de ellos, repite de memoria. Pelo contra pelo se repite. Así lo merece su pesebre de virgen despierta.

Eternamente idéntico a sí mismo. El capataz, el preceptor. Ahí donde todas las historias terminan, él, uno de ellos, el Realizador. Como un señor feudal propaga la vanidad; esa es su Revelación, la satisfacción de sus

postulados. Sí, el satisfecho, el que no quiere más. Es justificado y vive sin miedos su nada de placer. Y no habla porque no tiene hambre. Él no aspira a ningún lugar, él los ocupa. Ya es superado, porque afirmar es su oficio. Lisonjero, solapado, finge esfuerzos cuando juega, cuando hace el papel del héroe. Entonces se envanece, hace como que le cuesta trabajo eso que le es dado, eso que hereda, que le es propio: su dominio natural, tiránico sometimiento que le rinde, lo honra, lo convierte en el bien dotado.

Abajo los demás entran y salen, dan explicaciones sobre lo que se debe hacer; hablan en plural. Ella sigue clavada en este perímetro, arrinconada.

*Mi cabeza da vueltas, imagino el bar de doña Cata, los hombres borrachos en las mesas, las vidrieras sucias. Y doña Cata sirviendo más vino, más y más grapa. Y los hombres borrachos, lascivos.*

*Imagino el vestido largo de doña Cata arrastrando el suelo. El vestido sucio con su blusa rozada por el mostrador. Nadie la mira. Ella no es una mujer,*

*despacha bebidas y fiambre. Hoy quisiera ser doña Cata, la vieja polaca en su almacén oscuro, poniendo orden entre pantalones meados.*

*Pero ellos dicen que no soy capaz. Que no soy capaz de cuidar ninguna cosa.* Por eso han puesto flores artificiales en los canteros. Flores de plástico para quien no es capaz de recortar, podar, pisar con fuerza la tierra en las macetas.

En la mesa de luz le dejan pedazos de pan. Pedacitos de pan mordisqueados, envueltos en una servilleta húmeda. Un pan mojado, blando, pan que no crepita.

Pero ella no quiere comer. Ella escribe palabras en un cuaderno. *Llamo, pido, a veces creo cantar sobre el papel blanco.*

Cuando olean la habitación, juntan sus cuadernos y hacen dibujos, arman avioncitos con las hojas. Y allí van sus verbos planeando sobre adornos dorados. Hasta que caen sobre la alfombra de arabescos rojos.

Ellos escupen en la calle, en plena ciudad. Escupen lo que las sedas de las mujeres limpia. Pero aquí se lavan con agua y jabón, se lavan con arena los pies que se relajan.

Dicen que los suyos la han abandonado.

Dicen que no tiene nada que le pertenezca. Ahora, todo se lo debe a ellos. A ellos que pasan dinero detrás de sus espaldas. Que dan dinero a extraños para que le abran el paso, para que le sonrían. No debe darse vuelta. Todos están satisfechos. Ávidos, los otros; y ellos, soberbios de estar autorizados.

Las mujeres caminan erguidas, sostenidas en una faja que es como un yeso de tela adherente. Una faja para no mover lo que se ablanda. La espalda y la cintura como puños cerrados, como escudos tallados, instalaciones medievales para recibir impactos.

Y ella las ve cepillando las paredes, enjabonando detrás de los cuadros. Esas maderitas patinadas, claras ilustraciones del tiempo feliz. Pinceladas armónicas sin

transparencias, bocetos académicos; ingenuas fotografías de lo real. De la realidad para ellos construida.

Son pura ficción sus interrogantes, el merodeo de los sentidos. Ellos, los dueños de la cordura, dan albricias. Bendicen y maldicen en nombre de amuletos.

Sobre el borde desparejo de los signos, disponen juntas de bronce. Clavan zócalos de madera. Luego vierten agua hirviendo en las ranuras descuidadas.

Ella debe resignarse a mirar hacia abajo. A no buscar el significado de las sombras. La claridad del sol, por las tardes, inventa formas sobre la pared del cuarto. Los escandaliza cuando toca esos contornos, cuando los abraza.

“No se besa así. Una mujer buena no abre la boca. Controlate. Un día te voy a romper esos dientes”.



Cada quince días, en esta casa se ayuna. Un procedimiento de recuperación del cuerpo, de reconstrucción. Ellos cuidan la apariencia rozagante de las cosas. Y traen testigos. Testigos que confirman la salud de los más fuertes.

Aquí, ella debe caminar en puntas de pie. Reposar despacio el cuchillo sobre el plato.

Hacer silencio, no molestar a los que descansan. A los que trabajan todo el día. A los que llegan transpirados, mojados en el sudor del esfuerzo. A los que se les cierran los ojos de tanto haber mirado el fuego. A los que saltaron, bajaron y subieron. A los que la noche reconforta con el alimento seguro, la cama caliente.

Entre sus pies fríos, todo el silencio. Su piel está seca, su piel que nunca se cansa. Entonces tararea en secreto alguna canción de la infancia.

*Recuerdo cuando nadie me ve, cuando la materia que miran de mí parece sumisa. Recuerdo lo que no sale de mi voz, arañando los techos. Un traqueteo abanderado de soldados que marchan. De soldados alegres que*

*caminan para matar, para ser muertos. En los campos interminables, alejados ya los enemigos, en lo que queda de esos campos, mi tarareo imperceptible.*

Y no se debe desaprovechar el tiempo. *A cambio de pensarme en alguna ciudad gótica, a cambio de imaginarme debajo de arcadas viejas y opacas, de creer que retumban mis pasos en calles dibujadas en cruces, en esquinas como altares. A cambio de creerme donde no estoy, debo cumplir con mi parte.* Su parte que debe fluir, abierta, inerte, como un oponente obstinado que abandona su resistencia.

Su piel es un escenario vacío, un indómito lugar disciplinado.

Tienen labios como sables curvos, como cimitarras. Hojas finas plateadas. Espejos filosos que ellos desenvainan para el castigo inmediato. Labios con mango de metal y cuero, labios donde la herida resbala. Labios que castigan con antelación, con áspera dureza, los errores de los que ya sabrán.

Y ella debe recitar. Repetir hasta creerse las frases verdaderas. *Por temor a la represalia debo repetir y repetir, demostrarles que no soy indigna. Demostrarles mi postración, mi cabeza cubierta, en sumisa inclinación de vientre y piernas.* Ella, la de sueños callados, en el recinto imaginario de la niña que no debe reír, debe agradecerles, por Dios, agradecerles.

Le colocan un trapo, luego otro, y otro. Trapos que retienen la sangre que mana. Su sangre tiñe los trapos como un excremento del deseo. Trapos de paño espeso que las mujeres cosieron para acomodarse debajo del luto permanente. Un parapeto para las polleras del recogimiento. Al salir de la habitación ellas untan sus dedos mojados en el pelo, en la nuca. Se enjuagan la boca. Y ella tira los trapos de sangre en un tacho. Sangre inútil. Niños de su cuerpo ahogados. Se deben ocultar esos niños que no fueron, recordar que nada renace. Que no hay

resurrección en la naturaleza desviada. Una ceremonia abreviada para renegar de humores impuros. Por eso rocían con perfume el trayecto de la escalera, el periodo obligado de la confinación. Un perfume que atraviesa sus olores. Porciones no rehabilitadas en el ciclo de la luna. Pedazos decapitados, pedazos que se van en un tacho.

Una mujer debe casarse, tener su dueño. Así se vuelve respetable, y sirve para algo, es apta.

El marido es como un dios sin voz que construye. Maniobra el destino, lo edifica. Un marido como cimientos del designio. Sostenerse, someterse a su fuerza. Oh, casarse. Casarse con quien conviene. Saber elegir. Seleccionar con las manos cóncavas, como palas excavando, buscando con dientes de metal, como rastrillos.

Dispusieron para ella una balanza y una valija. Pusieron en ella un par de zapatos, un ajuar y varias toallas bordadas. La mudaron. Y que les guste.

Debe aceptar el cuerpo de quien ya no pedirá permiso.

*Y que me guste.*

Pero ella se acurruca, acomoda su cuerpo de costado y espera.

Cuando todos roncan allá abajo, mira hacia la puerta con sus ojos nublados. Extiende sus manos en la cama, dibuja una figura. Le murmura.

Entonces debe correr. Corre y atraviesa galpones inundados.

Galpones de máquinas chorreando aceite y olor a cuero. *Y corro. Corro gimiendo con los pies de piedra. Con la cara en miel derramada, corro. Y me agito, y es salado el cansancio. Él, aquella figura, me ofrece su mano ondulada en el zaguán que se angosta. Yo tengo miedo, tengo miedo y regreso. Una gitana me detiene en el camino. Desafiante, busca algo en su bolsillo. Temo que saque una navaja, que me corte la cara. Entonces sonrío y me tira unas llaves, desaparece. Yo me despierto. La puerta sigue cerrada. Ellos aún duermen. Nadie entre mis brazos, nadie entre mis piernas. Las cortinas de gasa trazan una silueta.*

La mujer mayor, la madre, tiene pómulos como riberas de ríos de sangre, y comisuras frías de arrugas aliladas. Tiene dientes redondos, de un filo de oro rojo. Cuando habla se le cae la boca hacia el cuello, se hacen de hierro los ojos. Cuando habla cierra la nariz, extiende el brazo y sostiene la cuchara. Y habla de campos y de castigos, de camisas, de casas y de castigos. Habla de hijos, de sábanas, de pañales y de castigos. Habla de familia, de pudores, de orgullo y de castigos. La madre, la que desconfía, la que ahorca a los inútiles en el perchero de su lengua. La mayor, la controlada. La que se pone el uniforme antes de la marcha. La que tiene cruces desorbitadas como banderas, como clarines. Ella, la que no mira tu cama para no llorar el engaño, para no sentir tu olor sobre la almohada, el deseo de sus varones que la traicionan. La madre, la que reparte panfletos y guarda en su pecho pañuelos que limpian. La que reza y se persigna sobre el niño de muerte merecida. La madre, la que no perdona. Corta en tajadas, en rebanaditas, la carne de cerdo engordada. La que lleva el nombre del padre, tiene bastones como hombros y un catálogo de respuestas. Y

tiene la cara alta, esa mujer, la que no aprueba, la que no da permiso. Tiene un llavero que abre todas las puertas. Tiene las orejas de pico de pájaros. La que renunció, la que se sacrifica, la que acepta los designios del destino por ser madre. La que elige el camino más corto y llega antes. Corre, vence sobre los débiles encorvados, sobre los distraídos. La que entra de noche a la pieza y tapa y destapa. La que prueba los colchones. Ella, la madre, la encierra en un frasquito. Puño firme, dobla la rosca. Con una mano sostiene el frasco y la otra verde marrón anaranjada presiona en círculos definitivos. Pega una etiqueta. Pincha agujeritos en la tapa para que entre el aire y no se pudra. Un poco de aire para que no cambie el color. *Y yo estoy encerrada en el frasquito, en la alacena, sobre el estante.*

Mientras tanto, abajo, ellos reciben gente. Son anfitriones naturales. Disponen sillas y mesas para comodidad de los que vienen. Descuelgan cuadros, guardan las estatuas en armarios. Tienen miedo de las imágenes, de las comparaciones. Temen las pinceladas, el vigor del color. Tienen miedo del lenguaje que danza.

Pintan sobre sus dibujos, escriben letras. Un dios que se oculta no debe aparecer irreverente, en la tela, en la hoja. Sólo se reverencian ante la ley. La ley que dictaron sus antepasados, la ley que ellos dictan, que ellos cumplen y hacen cumplir. Una ley justa porque nació de ellos. Una ley para combatir la degeneración. Arrastrada, debe observar la ley.

Así dicen: las mujeres no deben mostrar sus dones. Deben guardarse. Hay que sellar lo que se expande, este dios no ama a la que se regocija. La mujer debe guardar sus ojos como el jornalero su día.

Su cuerpo es para ellos, ni siquiera su desnudez. Su cuerpo quieren, su cuerpo vestido, su cuerpo que no ven, su cuerpo saqueado, su cuerpo infame, extranjero, sólo apto para la descarga. “Estás tan carnosa. Cómo le gusta a tu cuerpito que lo penetre, nena”.

*Y yo sobrevuelo. Por tierras de paja quemada, sobrevuelo.*

*Tan cerca, alejándome.*



Ellas amasan una pasta dulce con almíbar y nuez. Y ella debe colocarla en las fuentes. Ella, la última novia, debe servir ruborizándose. Debe copiar palabras, posturas. Evitar cualquier innovación. Ellos combaten con la acusación del error el exceso en las novedades. Entonces es cómplice en ese hiato donde se estanca, este cuarto.

El espíritu mercantil soborna la consternación de su devaneo. Hace inexistente la razón de lo verdadero. Todo se invalida. Y ella ayuda a cocer los ladrillos al sol. Se despeja la frente y cumple como una devota. En la monotonía del paisaje, agobiada por el húmedo viento caliente, cumple. "Cómo te la calzo, nena. La tenés chiquita".

Abajo, en sus habitaciones, hay tejidos anudados en todos los ambientes. Telas ornamentadas en pardo rojizo, turquesa iridiscente. Hay cuencos de bronce, esmaltes de color exuberante. Para entretenerse ellos eligen diseños geométricos. Aquí no se permiten

figuraciones, nadie debe imitar el primer molde. Se desahogan en el jardín, un jardín en cada patio.

Ellos deben demostrar. Miembros de una casta tribal con aires aristocráticos, deben mostrar al mundo que son propietarios. Tienen regulada la posesión. Son los destinatarios de un mensaje, los predestinados.

Cuando ellos se distraen, ella entra al baño, mira los azulejos celestes, habla. Habla de viajar en el vagón del circo, de recostarse indolente delante del guarda, habla de desbordarse. *Y bajo en la parada siguiente. En la ciudad interrumpida por la vía del tren, más allá del pretil urbano, un acróbata me espera, me tira una cuerda.*

*En el baño, hablando con los azulejos celestes, me han crecido las manos de los volatines, de los trapezistas. Me empujo con fuerza hacia el ambiguo azul del fondo donde cielo y carpa se confunden. Entonces, desde la rígida diagonal, entre mi vestido de lentejuelas y el suelo, veo la sombra de la puerta que se abre abruptamente.*

*Me subo el cierre del vestidito, escondo la soga.*

Él, uno de ellos, entra y toma una hoja de afeitar, se retoca la cara. Tiene impreso en el rostro la tirantez mecánica del vacío, la sonrisa de los convencidos. Este dios gratifica a los hombres con su hembra, les retribuye con hijos. Hijos varones que saben pagar. E hijas mujeres para los acechadores. Ellos acechan con memoria acreditativa, le recuerdan el precio que pagan por el pacto primigenio, ese orden dentro de su caos original.

Que otros amen la sabiduría, ellos son los sabios.

No conocen la agonía. Forman cáscaras en los abscesos. Ellos, los restauradores, iluminan hasta las piedras. Tapan las grietas con revoque. Son vindicativos, arden en sus muros los ingratos. Luego soplan las cenizas. Por eso se lavan antes de orar, se raspan sus manos de polvo. Del polvo de sus muertes. El agua de las abluciones cura el gris de las cenizas.

*Y de noche, y en la cama, restriega la uña de su pie en el mío, rayan sus uñas mis pies descalzos, eliminan con orgullo la humedad entre los dedos.*

*No tengo nada mío. Luego de bañarme, busco y encuentro corpiños y bombachas usadas. La ropa interior de ellas que comparten todo. Estoy rodeada. Ni siquiera mi olor, las sombras de las manchas vaginales. Todo mezclado. Quizás ahora se desnuden con mi ropa ante sus hombres.*

Entra frío en el cuarto. Ellos dejan una hendidura de la ventana abierta. Para que cambie el aire, para que se renueve. *Me hiere este aire.* Aire filoso, como pulsión de sangre hasta morarse. Un aire verde, como savia erosionando. Ellos abren la ventana cuando quieren, cuando piensan que se ha envenenado el aliento en su cama. Hay que refrescar las sábanas. Un aire de victorias, de condecoraciones en el uniforme de los oficiales. Un aire envuelto. Un aire erguido la sacude.

Aquí entra un aire en bloque, moliendo en bloque, triturando. Un aire que martilla.

Entonces ella aprieta nudos en la sábana, se hace chiquita. En los escaparates fuera de hora, en el mutismo agónico de una fábrica abandonada, palpita al filo de la

luz. Está al azar en medio del grito de los residuos, está por el olvido.

Las máquinas como carcasas regurgitan su olor metálico. Está vacante entre el despojo. La fábrica desierta es el nimbo donde cumple su labor sigilosa, el juego perverso de la exhumación. Oh, esta deserción, este gris, este arañazo raído de ladrillos en la vetustez. Este derribo vespertino de techos disparados, de aberturas enquistadas en vidrio. Este cuerpo de paredes que se pudren en simulacros guerreros. Este esqueleto que gastó la violencia del trabajo, esta madera atravesada. Envolturas del silencio eterno.

*Yo aguardo al despenador. La gota feroz, el descarné, la interrupción que con ligero movimiento rompe el espinazo... Y gemir de extinción. Descansar en paz...*

Tiene una fatiga lejana. Un agotamiento de juntar peces en la red, de subir laderas con canastos, de bajar al río, de lavar. Un cansancio de doblar las piernas, de cerrar los ojos. Una lasitud de su cabeza que mira y se aleja.

Mira compadeciendo su traición, la indignidad en sus tratos cotidianos.

Ellos la protegen. Han ejercitado su fuerza por generaciones para resguardarla, para cuidarla de las miradas obscenas, de las manos lascivas, de los gestos salvajes. Para preservarla de las intenciones del diablo gentil que camina por las calles. La atrincheran. Ellos no desean la gracia de su cuerpo, se desean a sí mismos apretándola. Nada que estremezca sus sentimientos, ninguna convulsión sentimental. Ellos bajan sus sensaciones a niveles medios. Con medicamentos, con hipnosis, con paños fríos. La quieren pequeña, dócil, simulando la pureza que desgarran. Por las noches encienden las teas nupciales. El recuerdo del día en que la encaminaron. Él, uno de ellos, la acaricia: “La puntita, nena, sólo para divertirme, para que me venga más rápido el sueño. Sólo la puntita, nena”. Lo deja hacer.

*Siento dolor. Me dejo hacer, convertida en un pequeño promontorio sacudido por su peso. Si estuviera aquí, me digo, si estuviera aquí la mano que me haga bella, la mano de dedos que dibujan mi deseo. Pero en el*

camino paralelo, aquí, al borde de la cama, se enciman los disfraces. Y ella hunde su cabeza entre las sábanas buscando los labios de ese cuerpo, la humedad de los labios de ese cuerpo, su imposible cercanía.

Ahí están todos: su padre, su tío, su hermano, su abuelo sentado con las piernas cruzadas y las manos contraídas. Ella atraviesa la calle de crímenes, las esquinas apuñaladas de Marsella. Va hacia ellos, hacia el que no pertenece a ellos, hacia él.

¿Se tocan? Cuando el viajero, el apuntador, llega por las noches y se aferra a tu vacío, ¿a qué juegan?

*Pondré mi mano sobre su sexo. Lo esperaré. Tomaré en mis manos su palpitación gutural. Él me llevará a caminar por las barandas. Le haré desear ese abismo, ese sacrilegio de vírgenes. Oh Dios, nos adoraremos. Cuando mis gemidos atraviesen el silencio*

*monacal de este cuarto, todo será paredes arrinconadas, paredes que gotean, mojándome, mojándonos. Ellos, sin embargo, están allí, se alistan detrás de la puerta para adiestrarla. Ellos no sueñan, la quieren intacta, mansita. “Calmate, nena, qué te pasa. Te dije que te subas, pero no te muevas. Me quemás, nena. No te muevas, me quemás”.*

Y no hay refugio para la desobediente. Entonces se aferra a los muebles de la casa. Refriega sus brazos en la madera. Todas las astillas le han entrado, las astillas ardiendo, latiendo debajo de la piel.

*Viene entonces a mí la imagen de una casa en construcción, el cuerpo del albañil. Siento sus manos sobre mí, su sexo entre mis piernas. Lo reminiscente vuelve a ella como la presencia del futuro implorado. De pronto escucha voces. La pared se convierte en un gran hueco donde esconde la desnudez que la mira.*

*Y yo sigo la voz que dibuja el endecasílabo perfecto, la voz que me lleva hacia su mente, la voz que atrae mi cuerpo hacia el lugar despoblado.*



Tiene las encías inflamadas. Como perro sediento, se enrojece la carne debajo del blanco. Pero aquí, donde ellos dominan, las chicas no muestran los dientes; no deben reír, no deben gritar.

Ellos pertenecen a un mundo de seres perfectos. Parodia de leones. Fábula de animales cepillados. Técnicas de conversión de lo deforme. De reconversión o de aislamiento. Estética aritmética. Uno por otro. Cuentas, cuentas, cuentas regulando las bisagras de la rectitud. Cuentas para ellos que suman y multiplican. Para ella que resta, que se divide; para ella la náusea golpeando hasta el fondo de la garganta, la náusea como un tapón de su silencio.

Desde la cama escucha a las ratas que se pasean arañando el techo. Detrás de esos ruidos, de las patitas buscando comida, alguien llama. *Es un muchachito persignándose sobre mi cuerpo. Yo soy la manoseada en el velatorio del barrio. En el cuarto contiguo, mi cabeza parece un telón que se rasga. Me duelen las lágrimas del muchacho. Ante la cara de los otros que eructan, yo le prometo que volveré. Y lo dejo mirándome.*

Ahora se da vuelta hacia el otro costado de la cama. Entonces tiene otra alucinación, es la prima del que no está. Convite coral de tempestades. *Él sacude hímenes como banderas plegadas. Las mujeres de Tracia lo desgarran, lo despedazan porque vuelve a mí. Vuelve a Eurídice, su prima que muere cada vez que él la mira.*

*Me impregno y desaparezco en el humo de su cigarrillo temprano. Como vapor de alcantarillas, como sortilegio, como puerta al infierno que lo llama.*

El frío la despierta. Ya se fueron todos, otra vez está aquí. No quiere llorar. Llorar no alcanza. Dicen que es riesgoso que ande suelta. *Pero el cielo raso cae sobre mí y yo me ahogo.*

Ellos, los buenos educadores, están abajo castigando a sus hijos. A sus hijos que cumplen con el rol asignado: el trabajo, una casa, una mujer.

En esta casa se le toma examen en forma permanente. Debe evitar que la vean confundida. Todo es tan claro. “Nuestro libro ya está escrito, nena”. Ya escrito. Palabra impresa entre cartones, cerrada. Palabra para que

todos recuerden. Y no habrá interpretaciones porque no habrá dudas.

*Si pudiera estirar las piernas y sacarlas de mí. Estirarlas fuera de esta cama en la que me deslizo como en un pantano. Llorar no alcanza. Vomitaría sobre las escaleras. Pero todo está cerrado. También mi estómago que no reacciona.*

Allí llega un ejército de mujeres con medicamentos, las especialistas. Las que saben del parto, de la leche, del puerperio, de las cosas de mujeres. Ellas controlan el largo de sus vellos, afeitan su entrepierna. Una navaja para rasurar, para que crezcan en un día duros los pelos como púas. Para recordarle al caminar que es una mujer que raspa.

Su cuerpo caucásico, su piel áspera de tela rústica imaginando terciopelos. Desnuda ante la blancura de ellas, ante esas formas donde las manos se deslizan. Están cerrados sus poros, no tienen motivos para sudar.

No son nativos de este país, pero caminan arrogantes como si fuesen sus dueños. Desprecian el colorido local, el sabor autóctono. Hacen alarde de su acento pronunciando eses, sus equis profundas. Les gusta marcar diferencias. Son los elegidos, aquellos a quienes Dios envía sus mensajes.

Y sin embargo, esta es la casa del respeto. Se respeta a las personas que forman parte del orden funcional de las cosas. Como un auto bien lavado, una casa de alfombras peinadas. *Y yo sueño con derramar un aceite espeso. Aceite, aceite negro como petróleo. Ser la chispa que encienda el fuego. Verlos arder. A ellos, sus autos, sus casas, sus mujeres. A mí. Verme arder a mí, que soy la esposa, la mujer que se respeta.*

*Un idioma distinto lucha en mi garganta, habla de parques. Yo me subo a las hamacas y él aparece riendo. Desgarro el cielo con las piernas, hamacándome.*

*Todo el sol y el verde del aire en sus dientes que me observan. Entonces me pregunta quién soy, de dónde vengo. Y cuando quiero contestar no recuerdo mi nombre. Tiene las palabras disparadas hacia adentro.*

Sus palabras están amarradas a los dinteles de la cama. Palabras como manos atadas para no dañar. Para que no se arranque las sondas, los tubitos que tranquilizan su sangre.

*A ella no la puedo engañar. A esa que me mira. A esa que tiene cara de ser contagiada, repetida, toda igual. Ya desde hace tiempo me vigila. A veces invisible, a veces resistiendo la molestia de no sentir el secretito. Y cuando habla de mí, en una pose de ficción, de una simulación visceral, yo me pregunto ¿quién? ¿Quién dice: así, ahora, así?*

*Ella, la inmaculada, me desnuda como una loca. Y en un raptó de ese segundo de lascivia, bizquea, me contempla. A veces llora sobre mi cuello, me dice: 'Sería menos doloroso perderte totalmente'. Abandonada, convertida en otra cosa, un animal. 'Perderte totalmente'.*

*Argos y la novilla. ¿Quién? Si la que dibuja una casa, un cuerpo; o la que no está y se disuelve. ¿Quién? Ella, yo, la inquieta. La impaciente y la que me mira tanto. ¿Quién? La que me nubla la vista y habla. La que se contenta sólo con hablar. Hábil escamoteo de una miedosa que desaparece y, por temor, defrauda. Ella, yo, la otra. ¿Quién?*

Le recorre un líquido gelatinoso. Un líquido se empasta en su garganta. *No lo puedo llamar. Mis pies tiemblan hamacándose entre la pesadez del aire y el granulado niveo de las sábanas.* Esta enfermedad, su delirio, es una forma de desaparecer, de decir que no está. Que no ve lo que ellos ven. Sus oídos están llenos de una música exaltada. En la inmovilidad, en el hueco de sus gritos hay un desenfreno que se renueva.

Esta forma de locura es el latido que la mantiene viva. Su pequeña voluntad de exclusión. Cuando entra en el mundo cotidiano aparecen lanzas al filo de las mesas, en los ambientes indivisibles de esta casa. Por eso se inventa grutas. Una tienda al costado del desierto. Una isla. Creta en el rapto de Europa.

*Me invento un toro blanco. Un lascivo toro blanco. Y yo me siento sobre su espalda, me sostengo de sus cuernos. Y él me lleva, me lleva. Atravesamos mares. Fue cisne en otra época, lluvia de oro, fue fuego. Y ahora es el toro que me ayuda a trepar. Volcarme desde lo real hasta mi locura. Para mi sanación canta sobre mi cuerpo treinta y nueve poemas. Y sigo en tensión. Como rezumo me extendo en la sombra de las cosas. Yo, la mal recibida. Él se enamora del escote de mi vestido de niña, en ese blancor que vibra con un movimiento leve.*

Ellos la quieren vacía, por eso la sacuden. Sólo el chirrido metálico de las pulseras en su muñeca. Entonces ella sigue ciertos rituales para conjurar peligros. Guarda las uñas como cuchillos debajo de la almohada para protegerse. Llena su boca de nueces antes de dormir. Algo duro, crocante. Algo crujiente para morder. Deja la habitación en penumbras. Le enceguece el sol, la lastima como si fuera el foco de luz de la torre de vigilancia, la persigue.

Cuando los escucha subir se sobresalta. Apurada, esconde en un rincón los objetos que compró, un lápiz, un

pequeño cuaderno. Suben y le piden algún servicio. No corren ningún riesgo. Su deseo de tirarles té caliente en la cara, de volcar café sobre sus papeles, de manchar sus trajes, es sólo deseo, un gesto inactivo, un golpe hacia adentro de su respiración.

Su cuerpo siente vértigo. Vertido desde la cintura hacia adelante, intenta salir, caerse. *Siento vértigo. Nadie me esperaba. “Tanto lío por esto”. Se esperaba a otro, no a mí. Tan niñita. Entonces me acurruco entre las piernas del hombre de mi sueño. Agua de espuma en la bañera de su casa. Alguien vendrá, alguien lo llamará. Me seco con su toalla usada, rozada por otras manos, otros cuerpos. Una toalla húmeda de manchas. Oh, debería sentir vergüenza.*

Se despierta y tiene los párpados hinchados, rojizos de no dormir. Su enfermedad es una escena donde finje su peso. Ellos admiran las cosas pesadas. Y ella, para volar, para no saber nunca dónde llega, se alivia. Etérea en el vuelo de los ausentes, en pleno vuelo, allá arriba, se distrae. “Vos no conocés la realidad, nena. No viste nada todavía”.



Ellos son virtuosos. Cumplen la palabra empeñada. La convención es el acuerdo de almacenar reconocimientos.

Ellos se pasan el día demarcando el contorno de lo ejemplar. Y ella también debe ser un ejemplo, el trofeo de la sumisión que hacen brillar detrás de las vitrinas. Su corazón aguanta, se mantiene entre sueños. El desapego es el espacio donde resiste. Soporta en la espera de un colegio cerrado. Un colegio con los pizarrones escritos con tizas de colores. Escritas las paredes de los baños, sus puertas. Escritos los rincones de los patios. *Su nombre en mi colegio, mis pizarrones, mis libros. Todo mi libro escrito con su nombre. Él es la madre que me alimenta. Por las noches me tapa con su manta. Y en las mañanas me espera con el desayuno caliente. Él es más que un hombre.*

*Yo soy la hija que tuvieron sus mujeres. La hija que nació de la intuición. Cadencia sensible de su cabeza que se prodiga. A él, uno de ellos, lo ofenden mis gestos. “Te cojo y después te fajo, nena”.*

Y ella se retiene. La retiene la medianoche. Sueña con el rasgón de sus miembros al penetrar. Sueña con el dolor de la exhalación sangrienta.

*Una plaga de langostas se bebe el mar. Yo estoy allí, en ese barco, cruzando un mar sin agua. Me despierto. Estoy asustada y paso mi lengua por el cráter de mis dientes. Quiero ver mis brazos, mis piernas. Sentir que no se han desprendido. Que no quedaron atorados en algún pasaje. Un pie en las zanjas. Mis piernas debajo de las ruedas del tren.*

*Qué hago yo aquí. Quién me trajo. Quién hizo ruidos detrás de la puerta. Quién abrió la olla de comida, ahogó de olor picante las veredas. Quién puso la trampa y la pintó de color oro, oro brillante enceguecido.*

Ahora lo sabe, ella vino sola. Sola caminó hacia el resorte. Y una vez que sus garras se acercaron, el metal ahorcó. Aprieta, se desenrosca, se desenvuelve la palanca que cae.

Esta casa es como una puerta en el suelo. Una puerta hacia la profundidad del encierro, trampa donde la

muerte del animal es su sufrimiento. Inclina la cabeza para ver el plazo marcado. Pero no hay fechas, no hay plazos.

Está esperando al emisario. Está esperando sus instrucciones. Llena tinajas de una fuente pública para lavar cadáveres. Cadáveres que ahora son florcitas salvajes. Cadáveres que ahora son nadie. No tiene nombre su familia. No hay registros. Nada para reconocer. Sólo en su corazón hay vestigios de un grito primario.

*¿Cuál es ahora el campo de batalla? ¿Dónde la reconstrucción? No hubo soldados. Fueron niños y madres y abuelas los moribundos. Mientras tanto yo acá, tan lejos. Algo en mí siempre recuerda, vuelve.*

*Porque no están.*

*¿Murieron?*

*En fila, cambiando de frente hacia el pudridero. Dispersos y en caravana, caminan sobre mí. Sobre el desierto, páramos disecados en surcos de sangre. Agua carneada, agua de tifus, de sed, de hambre. Índigo el agua de uñas arrancadas. Agua empalada que se afila en el vientre.*

*Los sardanápalos se divierten matando. Pero, ¿murieron? Día tras día dejaron de ser visibles. Desterrados, en tiendas, vaciados, huérfanos. Ya no los veo.*

*¿Estarán guardaditos en los cajones, inevitables huecos del despojo, aquí, en mi cuerpo? Nadie vela sobre las reces, sobre estas raíces de cabra. Entonces, ¿quién sabrá decirme si en realidad murieron? Los jinetes corren a orillas del Éufrates, juegan al blanco con sables, con bayonetas.*

*¿Murieron?*

*Decenas, cientos, miles, un millón. Un millón quinientos mil; hacia Anatolia, hacia los harenes de Constantinopla. Cuchillos como baleros embocando cuerpos. Y la barahúnda, y el griterío, el Pachá y luego el silencio. La afasia eterna de un gatillo que deletrea la tortura. En el foso se desploman los mutilados. Y en esa estancada opacidad huyen los rostros que no encuentro, que no veo, que no dejan de morir. En las tarimas, como botín de guerra, se enciman los restos de los infieles.*

“Olvidá a tu hermano. Si Dios hubiera querido, hubiera hecho uno para sí, nena”.

*Un brasero avivado enmudece el exterminio, quema, ulcera, augura la sobrevida necrosada.*

Murieron.

Entonces se inventa un edificio derrumbado, voladuras en los techos, el suspiro de los sobrevivientes. Su tranquilidad desesperada quiso enfrentar invasiones, escupir el camino interminable de la deportación.

*Quiero encontrar la sombra. Busco la mirada desgarrada para no escapar. Para quedarme y vencerlos. Para cobrarme.* Para colocar el escudo en la montaña imaginaria. La cima de la despensa, del televisor.

Cuando se fue tenía la valija atada con un cordón, unos zapatos viejos, un tapado de lana zurcido. Esperaba sobre la cubierta del barco. Ahora arden los ojos, se escurren granadas entre sus dedos.

*El hombre más violento. El que violó a mis primas, a mis tías, a mi hermana. Quiero al hombre más violento para mí.*

*Y cuando haga las incisiones. Cuando me provoque hemorragias, sonreiré. Nunca sabrán cuánto me duele.*

Ella está aquí para desafiarlos el día después de las ablaciones. Pero no puede zafar de este vacío suyo lleno de escombros. Entonces es las horas inútiles. En mimético diseño, tira de la soga del tiempo. Como la mesa indigna de una guardería de viejos, chorreada, despojada; se habrá traicionado.

En esta casa viven hombres hermosos. Todas las mujeres los desean. Ella es torpe. Causa aversión su gesto altanero, su actitud distante.

Los hombres más hermosos se acuestan con la mujer que no tienta. “Aquella sí la tiene justa, nena”.

Entonces ella cava un foso en la pared con una cuchara. Un agujerito listo para no escapar. Un agujerito para guardar. *No arriesgaré mis animales.* Se quedarán

mirando detrás de los ladrillos de vidrio. Serán máscaras sus fractales reflejos en la noche. *No los abandonaré desfigurados. Luego los traeré a mi cama y estarán borrachos. Y yo misma me emborracharé. Pesados nuestros músculos. Relajada la carne. No podrá ya dar más vuelta la lengua. Aturdidos, mareados, tendremos que callar.* Uno encima del otro, medio vestidos, medio sucios. Habrán reído tanto. Habrán llorado. *Nos pesará la cabeza.*

Le enseñaron a entender, a descifrar las claves de un idioma que no domina. “Mami, ¿qué quiere decir: nena, qué lindos ojos tenés?” Nadie nunca se miró en sus ojos con voluntad de gracia. Sueña que da conferencias en un anfiteatro de sillas rojas y pizarras magnéticas. Conferencias sobre Judith, la llena de furia, Maris Regina, apaciguando la cólera de los dioses. Pero hay un sólo oyente sentado en todas las sillas. Un sólo rostro, el mismo. Una única mirada asombrada.

Una tensión en las fibras de sus argumentos. Hay explosiones de furor en el centro del escenario. Y él la mira con sus ojos embarrados. Entonces todo el auditorio es un taller de cueros curtidos. *Y yo cierro el portón. Cargo y descargo cajas; arrebatada, cierro el portón. En la oscuridad ya nadie se reirá de la sombreada tira de mis bigotes. Mis piernas de hombre, mi cabeza de hombre.*

Pero él rompe la ventana de atrás, se burla de la seguridad de los perros. Toma las cajas, las abre y las llena de hojas. Hojas blancas donde dibuja letras como figuras rupestres. En lo arcaico de la memoria, resonando incendios, las llamas, el calor. Un humo negro como premonición, como lo recopilado que desaparece.

*Me tirará flores.* Su cuerpo habrá hecho arder los telones de gobelino.



Luego aparece en un parque de diversiones. El juego se desprende de la varilla metálica, se desengancha. Se sueltan engranajes, tuercas, rodillos. En la velocidad de los carros del juego, en la inercia de sus piernas despegadas, ella cae. *Y más, caigo más y más. Más abajo. Entonces él me sostiene en un volumen de lluvia. Un viento de hojas de naranjos. Un aire que deambula arcos inclinados. Agua lila, amarilla, violeta.* Un agua de bautismo sobre su cuerpo desnudo de niña temblando. Espera en la pila el agua. Única, primera, última, definitiva agua santificada que impulsa un viento calmo.

Su boca está llena de raíces fermentadas en los potreros.

Cuando se acaba la presunción de estar en sus brazos, se entrega otra vez. En el internamiento, en el leprosario, se sienta en un costado. Drenan sus ojos para que se sequen, para que no se corra el maquillaje.

Extraña tanto verse, saber dónde se hunde su cintura, cómo se alarga la línea del cuello hasta el pubis.

Entonces se acuesta en la bañera. Se mira en el agua. Es turbia la imagen, hace burbujas. Su cuerpo se desliza, se abraza de costado. Está tan entera, tan suavemente húmeda la que está allí. *Y yo quiero meterle la mano. Mi mano adentro.* Pero ella se escurre. Ella se va con el último jabón. Atraviesa zaguanes de revoques caídos, puertas desvencijadas. Ella sigue, vuelve su mirada para recordar el número de la casa. Pero no encuentra ninguna placa, no hay números. Cerca de la entrada sólo se alinean las tapas de hierro de los medidores de luz. Las cajas de luz medio abiertas de tomas clandestinas.

Desde afuera sólo se ven tanques de agua sobre techos de chapa. Puertas en lo alto como ventanas que se caen. Cables cruzándose sobre el cielo irregular del cemento. Aleros agujereados. Las persianas de los negocios cerradas y los toldos extendidos, los toldos sobre vidrieras pegoteadas con antiguos pegamentos.

Sigue caminando. Hay portones forzados. Manchas de grasa de un taller mecánico. Y más allá otro cartel, con letras desprolijas rogando su jurídico 'se vende'. Y basura. En cada esquina la basura que queman los

vecinos. Perros callejeros buscan comida, la olfatean. Ella sigue caminando, cuida que no se le atasque el taco de su zapato en la rejilla.

Hay rejillas también en las paredes. Respiraderos de algún lugar oscuro. Vaciaderos de aire de algún cuarto cerrado. Cuando se canse ella volverá a este baño. Descansará sobre el agua. *Yo la estaré esperando. Yo la espero con mi pelo recién lavado.*

El entre paréntesis del sueño la lleva a un callejón sin salida, cara a cara con un viento sin rostro, el final de la escena donde el deseo pierde consistencia. Así hace impacto el vacío, el fracaso de una letra que no puede retenerte. *Que ya no quiere nada de mí.*

Ellos tienen un aliento que apesta. Muelen ajo, ají, perejil; ajo, ají, perejil y carne machacada en los corredores de esta casa que no huele a torta de chocolate. *El horno de mi mamá tenía sabor a manzanas, a fruta quemada con rhon.*

Oh, su madre. Su madre también los alimenta. Les prepara cositas. Les sirve la mesa en manteles de lino

bordado. Se pasa la mañana adornando platos de porcelana fina. Sólo para agasajarlos. *Algún día pasaré por tu cocina, mamá. Me equivocaré al tomar el frasco de sal, la azucarera. Algún día ellos no se irán contentos de tu casa. Y no habrá sido tu culpa. Será como un vapor en mi cabeza. Un espesor intangible. Un vapor que sube en ascensores digitales. Rápido, más rápido, viene con exceso de carga. Y el vapor se hace humo, y el humo ceniza. Y yo sacudo la salamandra, lleno de cenizas tu casa. Un polvo blanco. Como dientes que se deshacen, raspa con el torno y saca polvo blanco: “Si fueras más viva, nena, no te enfrentarías. Ya me vas a desear”.* Entonces extiende sus garras y descansa como un león que se peina.

Algunas noches viene a cuidarla la mujer más vieja de esta casa. Se sienta cerca de su cama. Luego se saca el corpiño para estar más cómoda. Le muestra las

tetas. Blancas masas de carne redonda. Una masa chirle encimada en la tosquedad de su cuerpo grande. *Me acerco. Ella se ríe. Me gusta esa flaccidez caliente.* Ella está pequeña y confundida como una niña bebiendo en calvas aréolas. *Y nada, no sale nada.* Entonces la vieja se va, cierra la puerta y maldice su mirada intrigante.

Le pican las piernas. Una cierta clase de escozor, de comezón por todo el cuerpo. Raspa la palma de sus manos en el elástico de la cama. Pero arde más. Y más se restriega y más le arde. Abierta la piel, rotas las uñas. Tiene sangre entre los dedos. “Te duelen las manos, nena. Ahora vas a saber lo que es el dolor”. Entonces alza los tobillos sobre su cuello. Se muerde la lengua. Su saliva batida se esconde en bóvedas, en crucerías. Se va en laberintos oscuros. Se retiene en altares perfumados de incienso. Frescos de ángeles y música sacra en el odio que se arrodilla. Y una luz filtrada en biseles de cobre. Sube. Desde lo alto de las torres ve extraños pájaros que se escapan de la piedra. Su falda se enrosca. Tira y se tambalea. Se precipita. Luego deambula en el barullo de

puestos callejeros. *Estoy sedienta*. Su boca está seca como si hubiera gritado.

Va a buscar agua en la cocina, allá abajo. En uno de los cuartos una de ellas está agachada, está sentada en el orinal. Un ruido ácido traspasa la puerta. Una cantiga resonando detrás de sayos, un tintineo sexual. Le inquieta ese ruido que no termina. Imagina su cara de gozo vaciándose, sus ojos helados.

Le acobarda el lleno en la chata retornando a su lugar habitual. *Y me olvido de la sed, de otras aguas. Vuelvo a la pieza. Lo llamo, lo busco; y él me lleva sobresaltada a un depósito colmado de libros. Allí dibuja un mapa de paisajes tajeados sobre mi cuerpo, una llanura en cuchillas bañadas por un río negro, un itinerario ondulado de límites vigorosos*. Ella es la mezquindad de la tierra, lo que todavía queda por dar. Es los brazos abultados de las mujeres cargando fuentes en la ciudadela. Él recorre sus límites imprecisos, zigzaguea alturas apenas elevadas. En la costanera los caminos se bifurcan y él se aleja en dirección a la aguada.

Y desde allí la mira. *Su pene asombrado me mira.*  
Él está pendiente de la entonación jadeante de su piel. No pestañea. La ama con la alegría de un dios enamorado.

Debe dormir.

Pero sus labios le acarician el cuello, la provocan. El filo de sus dientes en los labios abre su garganta. Un viento polvoriento la sacude. *Un hijo suyo se estira en mi vientre.* Ella lo sostiene. Su hijo crecerá aquí. *Nueve, diez, veinte meses.* Se toca la panza, tararea canciones de cuna.

*Es tan tarde. Debo dormir.*

Se balancea.

Ellos enfrían sus cadáveres en las iglesias. Comprimiendo así los tejidos aparece el color de la decadencia en los párpados morados. Nada se pudre, todo permanece fresquito. Los deudos no se apuran ante la materia que se degenera. Tienen todo el tiempo para acatar las formas. También la Muerte los espera.

Nada los domina.

Ella los acompaña. Previamente, ellos la purgan. Ya en el lugar, la dejan en algún salón externo a la altura de las alcantarillas. Tienen miedo de que su rabia natural deshonor a la familia. Ella se entretiene corriendo detrás de una cucaracha. *Debo matarla*. La intenta matar y se escapa. Quiere sentir el crujido de su espalda negra debajo de su pie. *Se detiene, me espera*. Y cuando está cerca, cuando por fin alcanza a tocar sus patas de alambre vuela con alas inmundas que apenas se abren. Esta vez desaparece. Su piel está elástica. Donde se toca se hunden sus dedos. El aire está lleno de hierros entrecruzados. Es ocre el color de este aire de hierros oxidados. No los puede esperar. Sale y se sienta en un bar. Se le corre la media en una de sus sillas astilladas. Toma un café. Un mozo joven la mira con desconfianza. Ella le devuelve la mirada altanera, fría, distante. Entonces le quiere cobrar. Pero ella no tiene dinero, no trae cartera. Se levanta de la mesa, tira la silla. Tropieza. Siempre tropieza.

Ellos dicen que tiene la columna desviada y que por eso siempre termina en el suelo. Se le dobla el pie. Algo cortante, algo filoso lastima su rodilla. Entonces se



ve pequeña, se ve en una fiesta donde alguien tira monedas por el aire. Los chicos se empujan para juntarlas, y ella se cae. Se queda mirando al mozo del bar que recoge moneditas del suelo.

*Debo volver rápido a la casa.*

Se dirige al subterráneo. Baja las escaleras con sus piernas frías como si la tragara un túnel que se cerrara sobre sí mismo. Y cuanto más la traga, más la lleva. Como si los vagones fuesen delincuentes que se escapan por un pasadizo sinuoso. Esconden algo robado debajo de la remera. Luego se escabullen desviándose abruptamente por atajos oscuros.

Las librerías, las panaderías y los mendigos siguen su ritmo habitual en la calle. Pero ella está aquí, saltando rieles para volver. Está eufórica. Golpea sus codos hacia los costados. Se fractura el brazo. *Pero no duele*. Bombea su sangre a pura velocidad, todo su cuerpo late.

*¿Adónde voy? ¿De qué diáspora vuelvo?* No pertenece a ningún ejército de liberación. No prepara granadas para arrojar sobre el auto del carcelero.

Vuelve con las galletitas que juntó de la mesa del bar, envueltas en una servilleta. Por temor al hombre, por temor a Dios, por temor a sus propias voces que cantan en un coro a bocca chiusa. *Vuelvo porque no merezco, no puedo, no debo.*

Ellos todavía no regresaron.

Entra a su habitación. Se tira en la cama y siente la yema de los dedos de su amado en un exceso que quiere forzar su último gesto temeroso. Los pezones gotean sudor sobre su boca.

*Ahora. Es urgente. Mi amado aparece entre los cristales de colores colocados detrás del altar. Su cuerpo desparrama una luz de greñas revueltas. Y quiere gastar esa luz, despegarla de los balcones grises. Entonces choca contra un muro lúbrico de mármol. Y corre a través. Corre a través su pegajosa savia blanquecina.*

Luego imagina que caminan por una calle de anticuarios. *Me lleva a una galería, su lengua pone damascos en mi boca. Y todos nos miran. Somos los extranjeros que buscan un juego de cubiertos de plata para la casa que tienen cerca del mar. Debo ser cuidadosa con las velas que encendimos en la noche. Que no quede ningún resto de cera sobre la almohada.* Por la mañana ellas vendrán y revisarán las sábanas.

Pero nunca dice el sueño lo que fue. Sólo muestra eso, esa cosa, una tal pieza, un trasto tal desmedido.

Ella no supone lo que era, lo que es, la forma irreconocible que ahora le aterra, la paraliza.

Después, el no ha lugar del sueño, la perplejidad. Después, alguien falta a la cita. Un ni rastro.

Escucha un taconeo que asciende. Es él, uno de ellos, el que se pone los zapatos de la madre.

Oprime las mandíbulas. Rechinan sus dientes. Se da vuelta y se le descose el cielo, se le cae a pedazos. Entonces es un trapo blando. Él se arregla la solapa antes de entrar. “Yo te voy a meter en vereda, nena”.

*Yo quiero que me fuerce, que me apriete la nariz para que abra la boca, que hunda la cuchara de arroz en mi garganta. “Aunque sea veneno, nena. Tenés que comerlo aunque sea veneno. No hagas teatro y abrí la boca. Una cuchara más. Este bocado por la tía, éste para papá. Un bocado más”.*

*Si no lo oyera, si mis oídos se cerraran y no lo oyera.*

Puede clausurar la mirada. Imaginarse la voluptuosidad de los colores hasta el término de su pudrición. Puede negarse a comer, obligarlos a que la alimenten a la fuerza. Pero no puede dejar de oírlos. Sus palabras absorben el espesor de su cuerpo. *Me siento plana como una estampita.* Corre a buscar una ropa bien ajustada, algo que la envuelva. Algo duro y firme alrededor del cuello. Dos, tres vueltas de lana anudada.

Anonadada. Como quien está postrado luego de una larga enfermedad y nada espera. Sólo una pulsión infantil de succionarse el pulgar. Y ahí está en el cuchitril, en esa pocilga donde la hacían dormir bien temprano,

antes de que el padre volviera del trabajo. Antes de que la esposa tuviera que ocuparse del hombre. Antes. *Yo debía dormir antes de que mi papá me viera*. “Es tan buenita la nena. El papá casi no la conoce. Cuando él llega, ella siempre está dormida”.

Y de día la chica no se queda quieta. Se sube sobre la mesa y baila. Se disfraza con el delantal de la madre y visita a las vecinas. Luego salta de cama en cama. Canta. Habla sola. Bate su cuerpo, bate. “Esta nena no para de moverse, doctor”. Entonces la revisan. El médico desviste su cuerpito de niña de tres años. “A ver la lengua. Y la panza. Ahora boquita abajo”. Entre las nalgas, como fideos cabellito de ángel, miles de lombrices entrando y saliendo. Blancos parásitos devorándola. Entonces la arrojan al agua helada, para matarlos, para aquietarla. *Me lanzaron al agua helada como si hubiese sido una garrapata, una gran ladilla*.

Se le aparecen recuerdos de la infancia cuando ve, de repente, el gesto de dos perros mirándola. *La ventana son dos perros que me miran atentos*. Entreabren el hocico. Todo la habitación son esos dos perros. Su

sangre se espesa, es un tumulto detenido. Un tirón en su brazo izquierdo le anuncia la presencia de una mujer vieja en su casa de piedra, sobre una calle sinuosa donde las mujeres cargan el pan en bandejas de madera.

Una sonrisa triste en sus cejas revueltas y algo obstinado en su piel que se cae. Tiene la espalda rígidamente encorvada. Hay callos en sus manos torcidas. *¿De qué me hablan sus ojos?* Ahora reconoce sus formas, “Cómo te creció todo, bonita”.

Sin detenerse su voz grave le implora. “No te olvides. Nunca te olvides”.

*Qué caminos deberá perseguir mi memoria para recordar.* Sale fuego de sus ojos. Hay olor a plumas quemadas. Todo el relleno de la almohada se ha chamuscado. Entonces él, uno de ellos, la derriba y mete la mano entre sus piernas. Sus manos mueven lo inarticulado del títere que es, de la marioneta que se deja ser. Mientras tanto, su sueño se estremece con otra mano. *Una mano de dedos sorprendidos, calmos, respira, dibuja figuras azules dentro de mi cuerpo. Su corazón*

*desfondado habla mi idioma, recorre mi memoria. Son ásperos sus dientes, me precipita en un agua que zozobra, una saliva de hierro líquido indetenible. Pero la cama se llena de un vinagre sulfuroso. “No me toques, nena, que me duele. Vos no toques”. La cama real, aquí donde está enganchada como en un cilindro. Tiene los brazos sacudidos como ropa tendida en una sogá en este cilindro salitroso. La cabeza hacia un lado. Es larga y apenas entra, entonces se vuelve violácea su piel que resuena en el vacío metálico. “Te queremos obediente, queremos que seas uno de nosotros”. Así, cuando se acuestan conmigo, se acuestan con las hijas, se acuestan con las hermanas.*

Ellos creen que la locura amenaza en la desigualdad colorinche donde vive la gentuza. Por eso aman los barrios residenciales, lugares ordenados donde no se juega a la ilusión, donde se crían los fuertes, donde la libertad es una feliz medida. Todo en su perfecta

armonía. “Hay que colgar al pendenciero, al que protesta”. Pues ella adora la lucha. Y por eso está aquí, para vivir ese día de guerra. *Por ese día estoy aquí.* Para el desquite de los nervios envarillados en su cuerpo. Para desenroscar esta tensión que ahueca el abdomen. Para afinar la mirada y arañar el viento. Para estar en ángulo, siempre atenta en doble ángulo recto. Para creer que vuela revolcándose en la tierra. *Estoy para romperme las costillas de mera contracción, de mera contención del aire.*

Y para pagarles en la misma moneda, con el deseo anclado sobre la barca que se ahoga en el mar de lo irre recuperable. Para la crucifixión en el ocaso del día, cuando desaparecieron las ciudades en el arco de sus cejas. Porque así la dejaron, abierta y en cuclillas, desnuda, esperando. La dejaron esperando y abierta, el gesto bilioso, una mueca oprimida antes de la muerte. *Siento frío y respiro con dificultad. Herviré hojas de eucalipto en una olla, acercaré la cabeza y me taparé con una tela blanca. Inhalaré, transpiraré, daré calor al fondo de las sienas. Iré más allá del celeste tieso de los ojos de porcelana.* “Saquemos la silla a la puerta. Vos leéme, yo



te contaré cuentos, bonita”. Eso le dice la voz que en sueños desespera.

Ningún jardín, ningún umbral, ningún libro más.  
*Sólo yo al acecho.*

*Mis labios agrietados tienen hambre de insultos.  
Y no basta, no es suficiente. En ariete lanzaré mis pechos,  
cada uno hacia un lado. Una presión taimada en las  
arterias propagará el odio que salpica.*

Ellos practican la aritmética. Tres pasos para allá, luego tres para acá. Justo en el medio ponen un cuadro, apoyan una planta. Simetría espectral, un rayo, una aparición. Rutina de reacomodamiento cotidiano, escenas en las que el miedo se domestica. “Te merecés un castigo, nena, por tu desorden, por no poner cada cosa en su lugar, una buena paliza”.

La toman desprevenida. Como cuando estaba sentada sobre la falda de su madre y le pellizcaba las rodillas. “A ver esa carne crecidita. Tranquila, no te va a doler nada”. *Y abro la boca y aparecen pinzas, plateados ganchos sigilosos. Luego gasas y algodones absorbiendo la sangre.* “Ya casi terminamos. Abrí la boquita por última vez para controlar, sólo para ver cómo quedó”. *Entonces el médico, el hospital, mi madre, y esa tenaza doblándose en mi garganta.*

El metal se adhiere a la carne y tira. Tira desde la boca hasta la nariz. Se le cae la cabeza, saltan sus ojos. Y ella sigue pellizcando las piernas de su madre. “Listo, ahora a descansar y a tomar mucho helado”.

Vuelven juntas. Hay un olor pastoso de pomada marrón, hay zapatos apilados en la vidriera. Clavos y cuero y zapatos de cordones. Y ese olor alquitranado que se impregna en el vestido. Su habitación escucha todo el día el ruido de cajas, de puertas giratorias. Cuando es de noche y el negocio se cierra, se sienta al borde de la cama, se quita el camisón, mira desnuda hacia la puerta. Quizás algún cliente que no buscaba zapatos se haya detenido en

la quietud de los ojos que esperan. Es tan delgada, le duele la madera de la cama en sus nalgas derechas. Tiene los brazos estirados, cruzándose en el sexo. Los pies apoyados, uno sobre el otro. Sus brazos se alargan sobre la tensión de sus piernas. Los hombros se adelantan queriendo resaltar pechos que se insinúan. Está asustada, esperando. Esperando no sé qué, no sé a quién. *A mi costado hay una cabellera negra. No sé qué quiere conmigo, no sé qué quiere de mí.* Entonces se achica, se angosta. No hay nadie aquí para protegerla. *Mi cuerpo es ese otro que me cuida, no deja que me roce esa cabellera negra.* Se mira turbada. Su perfil se vuelve impreciso, se queda en suspenso. *Esta palidez me preserva, lo delgado, lo frío, la falta de toda gracia me preservan.* “Si fueras linda, nena, terminarías siendo una callejera”.

*Se han estirado mis ojos. Tengo alfileres sobre los párpados. Debo seguir viendo esa cabellera negra, esa espalda rozando mis piernas.*

Está a un costado de la cama, en el borde. Está sola y, sin embargo, una multitud la empuja.

Las paredes vibran de un bullicio magnético. *Me ahoga la cabellera negra con su lengua en la oreja. Estoy debajo de su agua. La cabeza en el fondo del agua. Y yo quiero salir, cantar y bailar con el organillero. Esconder una piedrita en mi mano. Rayar los vidrios de los autos estacionados con el filo de mi piedrita.*

“Los vecinos te van a escuchar, nena, no grites. Vos movete y no grites”. *Mañana tomaré fuerzas. Me levantaré desnuda de la cama y chorrearé sangre. Y esta vez no será mi cuerpo abierto machacado en el mortero. Esta vez yo me habré sentado encima, habré insistido con rígidas puñaladas. Lo dejaré convertido en un manojo verde violáceo tendido sobre la sábana de manchas avergonzadas. Luego me acercaré a la mesa. Comeré dulces para alimentar al niño. Gotearán dulce mis venas en los ojos de mi niño de cabellera negra. Pondré la cunita debajo del sol.*

*Hamaco con un pie mi vientre preñado sobre el banco de la iglesia. Pasión de altares maternos. Mi vientre preñado en el silencio santo de mosaicos barrocos. La pasión reza el goce de mis huesos, reza eternas*

*alabanzas. Entonces seré bienaventurada. Y lo vestiré con suaves camisas coloridas.*

Cuando sale ellos le abren las bolsas, revisan lo que hay adentro. Le aplican una inyección: es un medicamento espeso, un calmante. No dejan que se siente cerca de ellos con un cuaderno. Ella sólo quiere revolver archivos, curiosear en la intimidad de la memoria.

Fue vendiendo de a poco sus regalos antiguos. Primero un llavero con el zafiro azul, luego el reloj del cuadrante en madera. Más tarde insistió en que se paseara con un postizo rojo sobre su pelo negro. Que se detuviera exuberante en la puerta de calle. Que entregara esa visión de sí, esa apariencia. Mientras lava los platos de la cena, él, uno de ellos, mira desde atrás sus piernas. “Sólo es cuestión de ganar, nena. Sólo de ganar”.

Una pollera corta, apoyada sobre el vano de la puerta. “Tenés que mentir un poco nena”. *Un poco, algo, sólo por dinero. Entregar algo ilusorio, nada concreto, por un poco de dinero. Una pierna adelante, otra más atrás, algo distendida, el cuerpo relajado y la mirada tirante por un poco de dinero.* “Si trajeras algo, te juro que te trato bien una semana, nena”. Hace calor. Las moscas le zumban alrededor.

Se aleja unos pasos. Deja atrás el empedrado cabrón de la calle de los bandidos. Cruza un puente que se alarga y se angosta sobre ella. Se detiene en la costa de un río de palomas, de lunas mimosas. Un borracho le da de comer. Y ella devora un pez que no se muere, que canta en un coro de niños. Dulce pececillo en el río de lunas, se mueve alegre con una alegría sin furia. Al criminal borracho le brota un vino aguado y en la habitación semiderruida, entre paredes descascaradas, le ata las piernas, le ata las manos. *Y ya no podemos más.* Mezcla su sangre con agua y amasa arcilla, amasa ladrillos colorados.

*Es un escondite. Nunca completamente un hombre; casi el calor de una pierna, un bulto, casi, casi el*

*peso de sus manos sobre mi cuerpo. Una mueca. La cárcel del sueño, marco desde donde no sale porque está ahí, clavado.* Entonces ella cierra los ojos para ver, para decir sí, que sí a la boca enorme, el semblante que la enrieda.

Él, uno de ellos, mira y afila la guadaña picándola con un martillo sobre la mesa. “No tengo nada que preguntar. Los señores no preguntan, nena”. Ellas están siempre bien dispuestas. La acompañan al médico de piel. Compresas de ácido graduado sobre las piernas. Un mango de cobre y una base de hierro con un rojo que quema. Y desaparecen los granos, las manchas, las marcas, y la propia piel se aja, se quiebra. Pedazos abiertos ante el control absorto del delantal de un blanco de asepsia.

Se sienta sobre la manta azul del dormitorio. Tiene verdes los párpados, las cejas turquesas. El esposo de su madre le abrocha el vestido de novia. La lleva hacia

la ventana. Su sonrisa triste acaricia el fondo de su espalda. Ella se saca el vestido. “No, no quiero esto, hermosa”. Se mueve la habitación, la casa. Chocan los colores, tartamudean. Luego, él se marcha. Y ella camina sola con su vestido de novia, sigue las lucecitas en el piso de ese pasillo oscuro hasta el altar oscuro, sola. “Estabas tan cruda ese día. Te creías todo, nena”.

Detrás del vidrio. *Estoy detrás de un vidrio.*

Detrás del vidrio el desamparo, la comba de los que duermen vestidos. Ellos se ponen pantalones de lana. Mientras duermen su padre se acerca, les toma el sexo, luego lo estira. Le desespera esta ebullición viscosa detrás del vidrio. El carcelero agita las llaves. Pasa y vuelve a pasar. *No podemos tocarnos. Y ya no puedo más.* Apoya su cabeza sobre la grumosa aspereza de esta suerte de almohada. *Quiero adentro esa lengua que lee palabras.*

Entonces duermen en una cama donde otros han dormido. Se bañan en un baño sucio. Todas las salas ya han sido recorridas por otros visitantes. Todos los lugares



están repletos de gente. No están solos. Su núbil blancura en los estertores frágiles de azules sábanas plásticas.

Ellos creen que está contaminada. Leen negra la bilis en sus análisis clínicos. Vacían botellas de alcohol en el borde de las pústulas que supuran. Por eso la sumergen en un pantano. Y empujan más, más y más adentro del agua barrosa. No puede mover su cuerpo pegoteado. Sólo la cabeza fuera de la manta, sólo la cabeza que él, uno de ellos, sujeta entre sus piernas, que derriba, que se dispone a sacudir.

*Y yo murmuro.* Habla en un idioma de frases jadeantes, sin fin, sin significado. Habla sin esperar respuesta, sin emitir sonido. Está en medio de dos fuegos. Es el campo de batalla, el lugar donde ellos y los suyos se desangran. La trinchera donde nadie se esconde, la población civil bombardeada que corre hacia los sótanos y reza, y pide, y murmura. *Y yo murmuro. Murmuro a la imagen de un varón que me toca sin hablar. Imagino su desnudez detrás de la tensión que me roza. Un varón que no me conoce, que no habla, que me toca. Como un*

*animal, una perra vagabunda atrapada desde atrás.  
Varón de besos de humo de azúcar quemada.*

“Hacete valer, nena. No tenés orgullo”. Está claro, no se anda por ahí con los ojos absortos, despegados.

La sangre le pesa en la cara, le desplaza los pómulos hacia abajo. Se corre, se turba la carne que se achica como elástico, un elástico que se suelta entre las cejas. Y ella camina con un peso que la dobla. La barbilla hasta el cuello, el cuello hasta el pecho, el pecho hasta el vientre. Está llena y le pesa y se tambalea. Una oreja está hundida atravesando la mitad de la nariz, el otro lado del labio. Una mitad del rostro es un telón que hiere, un hueco. Y se puede ver a través. Desde afuera y hasta el otro lado, se puede ver desde este agujero blanco en la frente. Arañazos ondulados en un celeste pastoso maceran el círculo rosado de la piel.

“Vení acá, sobre mi falda. Sabe más dulce el café con tu cuerpito entre mis piernas, nena”. El padre de todos, el hombre más viejo de la casa, la toma de la

cintura, la pellizca. Extiende su espalda hacia atrás, se acomoda en la silla, levanta las tablas de su pollerita a cuadros, la acaricia. *Soy la hija de la familia, la mujer de todos.*

Ellas ponen su ropa en remojo. Mezclan las toallas y sus blusas en el piletón, las dejan en remojo. Mientras tanto almidonan las puntillas blancas del aparador, ese mueble donde se almacena el reservorio vidriado de recuerdos.

Cuando está abajo se mueve lejos del círculo blanco de la cama que se pliega. *Si me acerco me atrapa el tapizado turquesa, me lleva hacia adentro, me anuda. Luego se comprimen los costados y me aplastan las piernas, entonces se retuerce la cabecera, se atorán mis hombros.* Y de tan fresca su carne, de tan amasijada, gotea sangre sobre el colchón.

Ellos son severos en la mecánica orgánica, en el engranaje medicinal. Por eso la llevan con urgencia a la sala de guardia del hospital de turno. Una camilla corre por rieles rápidos. Las luces se deslizan sobre el cuerpo que horizontalmente se abandona. No tiene nada contraído. No interpone resistencia.

Arrojan la camilla de una ventana a la otra como una corriente de agua, o como viento azotando arenas. *Y ya estoy del otro lado.* Una mesa con pulseras de hierro que sujetan los pies, una jeringa, y todo su ser envuelto en un torbellino congelado. *Mi cuerpo se prolonga en pértigas de acero. Sin red sobre una soga que me vacía.* Sacan vellosidades trenzadas de su vientre. Empuja hacia abajo la vara enganchada en el aire.

*Quiero todos los hombres para mí.*

Del otro lado esperando, uno tras otro; para mí.

—¡Calladita!

—¡Cerrá los ojos!

—¡Abrí los ojos!

—¡No hables!

—¡Hablá!

Cada músculo se tensa, se azula. Carne azul que se alarga y luego se curva.

Se baja el bretel.

Cuando los mira ve al animal que traba las patas y frota su sexo. Busca lo que no tiene. Y ella mide, cuenta. *Un hombro, una pierna, un glúteo; yo cuento.*

Cuando los mira no los ve; se acomoda a la medida de cada uno. Expresamente, con las medidas adecuadas. *Y más, y otros, y uno más.* Baja sus pantalones en un cuarto, en todos los cuartos.

Una atorranta que alarga el cuello, afina la cintura. Una igual de amable con cada uno. Una diferente, muchas.

*Ahora, no más propinas. Ahora, por dar el cuerpo, dinero de verdad.* Más allá de la desnudez, hasta deshacerse. Alteradas todas las proporciones, en cualquier rincón, la venta voluptuosa. Entonces abandona toda

simetría. Así lo espera, para que entre todos llegue él, y ella se vea en él. Para que él, entre todos, tome sus manos y provoque caricias sobre su cuerpo. Nombre cada parte y diga: “Tocate, linda. Ésta sos vos”. Para que entre todos sea él quien traiga una tina de agua tibia y la bañe, la enjabone, la vuelva a ensuciar. Para ser todas con él. *Yo. Todas.*

En esta ciudad hay torres y péndulos suspendidos. Hay edificios con escaleras que van hacia ningún lado. Hay rampas que suben y no descienden. Hay naves que vuelan como barrios enteros.

Y no hay noche ni día, la gente aquí nunca está quieta. Camina, corre, rema en ríos coloridos de ojos entreabiertos. Y oscilan los péndulos, se bambolean entre medialunas de hierro, medialunas fosforescentes, lunas llenas. Las construcciones de mares de arena vacilan como naipes mal barajados.

Del cielo cuelga una bombilla de luz blanca, ilumina montañas de casillas desiertas. Hay ciegos con bastones adivinando el escalón, hay hombres colgados como peces flotando en las puertas. Las chimeneas de las fábricas tienen dientes que no se enciman, vuelcan constantes su saliva de humo. A lo lejos, y en pabellones de viento, se observan ciertos reparos. En los bloques de cemento crecen raíces hacia adentro, raíces como llamas de fuego. Precipicios implacables separan el murmullo del aire.

Todos tienen en la mirada un pedido de auxilio, una corrida en el andén tras el tren que se escapa. Y un dios emerge del aura celeste, un dios construido con cuadraditos de mosaicos portugueses vigila las entradas, decora el ámbar amarillo de los muros. Palomas pegajosas salen desatadas de los brazos de los santos, se vuelven transparentes entre las nubes. Luego son atrapadas en plásticos vasos de juguete. Las jefas tienen virutas como pelos, labios rojos y flechas en la frente. Un maullido de tetas caídas se envía por sobres en correos rápidos. Y las

plazas, esos jardines abanderados, son los teatros de la ciudad.

Todo es la ilusión de un gran escenario. Pero aquí no hay auditorio, o eso creen los transeúntes desprevenidos. *O eso creo. Una transpiración fría se cripta dentro de mí. Mi cabeza está en una gran silla giratoria que da vueltas y vueltas. La carne se me hincha como gato encorvado. Hacen chirridos las entrañas. La humedad pesada del aire me apedrea. Entonces atravieso un paso a nivel, me deslizo.* Por fin llega a la casa, a su cama. Apoya los brazos sobre la almohada. Extiende las piernas como una acróbata en su circo pulverizado. El ombligo se desparrama hacia un lado, se clava en la cintura. Y afloja los labios, sus volutas de humo invisible empastan su lengua. Un hilo de plata, un hilo de cobre, se desliza. Se desenvuelve un hilo de la dúctil aguja de sus piernas. Un hilo que va y va. Por las costuras, hacia los lados, y en interiores de dobleces arrancados. Un hilo que restaura, un hilo que cura su hondo tejido original. *No voy a cobrarle a ese hombre.* Él abrirá las palmas de sus manos, reconocerá su perfume, señalará con el dedo la



sombra que se agacha. *Yo no le cobro a los tristes. Pero él le pagará con el olvido. Será una esfinge sobre su falda a manchas rojas. Tendrá una cola blanca de caballo larga. Yo seré negra con mis medias hasta la rodilla, hincada sobre su tierra blanda. Deshojaré en sus vellos mis caricias, las únicas caricias de mi vida, mis pétalos insaciables. Y él me mirará. Sus brazos clavados bajarán hacia mí. Quedará en mis piernas el dibujo de la cruz abandonada, un registro líquido de lo que vive, un sudario.*

Ellos son los competidores y los fiscales. Son los representantes del interés público, ordenan las acusaciones en folios numerados.

“Date vuelta que te la ensarto, nena. No soporto ver tu cara”.

*Y yo resisto.* Es el virus ácido-resistente, microbio que no se somete a su medicación.

*Me hago desaparecer un ojo; me quedo con dos cejas, un ojo.* Abierto ojo fijo inyectado de una llovizna que destiñe la cara, la borrona. Un ojo de pastos altos, de alas de buitre. Y humean sus ojos en raíces de eléboro, fétidas raíces que hacen burbujas.

Sus mejillas son batidas por un viento. Y la boca tiene los dientes roncós en trenzas de espuma. De una trenza anudada, estirada. Para un lado y otro sus dientes se abanicán en una saliva rabiosa.

Camina y choca sus manos en las paredes. Se rompe las uñas.

Camina y choca sus pies en la esquina de las paredes, en las cornisas, al filo de apariencias planas, y se dobla el dedo del pie, lo quiebra. Morado el acero de las uñas que duelen. Luego se caen. Se lastima porque quiere lastimarlos, porque no puede lastimarlos. *Me lastimo porque estoy en este cuarto y no duermo, y deseo, lo deseo.*

Le suministran pastillas para dormir, pastillas para no tener ganas, la pura calentura distraída.

“No pierdas el tiempo, nena. Dejá ya de leer”.

*Entonces tomo un papel. Dibujo firmas. Firmo todo el papel para no olvidarme, para ejercitarme. El último renglón del acta notarial, el plano del arquitecto, la demanda del abogado, la sentencia del juez. Firmo inventándome. Me tuerzo alrededor de la hoja como una hélice, imagino el peso en dinero de las letras de mi nombre. Aquí no hay balanzas. Ellos pesan y miden sobre sus manos protegidas con guantes de goma.*

*A veces mis letras se encogen. No creen en mí. Siempre cambian. Laceradas letras que desconfían. Tienen miedo de mi traición, que las cambie por alguna cosa real. Entonces guarda el papelito debajo de la almohada.*

Ellos dicen que llora por remordimiento, por su conciencia humillada. Ellos no saben de las lágrimas sin respaldo, de las lágrimas sin ritmo acompañando el himno de las Erinias. Lágrimas de resoplo como la pasmosa quietud del sol sobre revoques de siesta. Sus lágrimas se detienen en la calle que va hacia el oeste, en el jardín de atrás, sobre las medianeras. Como ténpera suelta se diluyen sobre el lienzo. Caen como hijos nonatos en cajitas prematuras, en algodones, en pequeñas flores blancas rezando a una medallita milagrosa.

Se transforman en fibras sus tejidos, en residuo seco, se vuelven porosos, elásticos, frágiles. *Soy un fósil, una piedra que no duele. Se me acalambran los brazos y no me duelen. Agujas como hormigas sobre la cabeza, en la planta de los pies. Y no me duele. No se anuncia el mal. El dolor no aparece como azogue cubriendo espejos. No hay reflejos de afección. Todo se pudre adentro, se deshace. Sueño que tengo las extremidades de un cerdo, patas de puerco con un culo encastrado en el barro.*

*Sueño que tengo el torso de una mujer bella con patas de cerdo.*

Sueña.

*Soy una hembra y lo sueño. Él tiene más de un cuerpo. Encelado, atrevido, tiene manos su espalda. Salpicada de lunares se mueve en molinete. Y me lleva hasta las galerías descalzas de su vientre. Entre el humo de fiesta de canibales, me cuelga cuentas de collares de mujer negra. Me ata globos de las caderas. Luego se sienta en torres precarias sobre el nivel del mar, mira. Sobre torres como nidos de pájaros salvajes, sobre torres de pura caña sin follaje sueño al que a mi lado me ve desde allí. Desnudo y absorto mira a través de la bruma y ve. Es el quieto y el animado. Es el doble, el único. Como una foto blanco y negro se restriega hasta quitarse el color, hasta darle la precisión de la luz, la definición que proyecta su deseo.*

Hay bullicios en la casa de al lado, hay música. Hay manteles blancos, bordados. Ella espía, acaricia el perfume de los espirales de incienso. Ella espía las sonrisas de los invitados, sus trajes claros de verano. Las llamas del aire le queman las cejas, las pestañas. Chamuscado el flequillo en la frente, se enrula y se acorta.

Un remolino de alcoholes envuelve su aliento. *Pero yo no estoy allí esta noche. No allí.*

“Sinvergüenzas. Deberían prohibirse los besos en la calle”.

Hay mujeres golosas que convidan con su lengua bizcochos de crema y dulce, un catálogo de besos. *Desde el belvedere oblicuo miro hacia abajo y es el costado. Las escaleras son de proporciones horizontales. Mi techo cóncavo es el piso embaldosado de la entrada ojival de la casa del vecino.*

*El silencio es un agujero que perfora y hace arder. Más y más profundo. Y hace arder como un contorsionista que se traba en el último acto, en el trasfondo yuxtapuesto de la noche, como animales estrujados en la longitud rectangular de un mosaico.*

*Arde.*

*Se corre la manta, se deja ver mi pie. Un frío pie desaforado fuera del cuerpo que se acurruca. Me confunde ese pie, es como una florcita sobre lápidas de piedra, como plantas que crecen sin medida, amenazantes,*

*carnívoras*. Es como el niño que bebe los pechos de leche próspera de una madre que lo aplasta, que se queda dormida. Ese pie es Judith niña jinete sobre un campo de cuervos engordando de sangre cabría. *No sé de quién es este pie que me tira de los pelos*. Ese pie que roe, que se mueve en triángulo en los patios de recreo de las cárceles. El pie de la pierna cruzada del pulcro traje negro del funcionario. El pie que presiona. Un pie apoyado a cada lado de la cama. Dos pies que sostienen como garras. Dos pies en los extremos de piernas flexionadas. Debajo del pupitre, aguantando la gabardina gris, sobre la tarima, dos pies de apetito brutal revolviendo la sopa con cuchara de palo. Pie que no aúlla porque no tiene dientes. *Oh Dios, ¿de quién es este pie entre encajes lascivos y el aquelarre del miedo? No es mío este pie que tiene una barbilla saliente, en paso firme dispuesto a disparar al insurrecto. ¿De quién es? Me calzaré botas el día de la ejecución*. En el fusilamiento ellos no verán sus dedos deformados.

Un gancho de carnicero. Un garfio que forcejea. Desquicia con dientes de oro los músculos del cuello. En las bisagras de las puertas, tubos sin coser. Travesaños

puntiagudos sacuden serafines, entre los vellos de la axila que sostienen. Los humedecen como si los lamieran. *Mi cuerpo busca la pileta.* Se agacha, se arrodilla, se sostiene de la canilla. Su cabeza adentro de la taza, del piletón. Como orando, como enjuagando con baldes de agua fría las vísceras culposas de perros abotonados. *Entonces algo me ata adentro, me tira hacia atrás. Un nudo de delantal arrincona mi estómago, empuja, ciñe.*

Ellos hacen flexiones multitudinarias. Ayunan, invocan, alaban. Tocan con su frente pura la tierra pura. Ellos no son mestizos. *Y yo vuelo sobre una ciudad maldita, una ciudad de huracanes. Me apoyo sobre ventanas de edificios bombardeados y miro el agua en un país sin mar. Subo escaleras sin barandas, escaleras como anfiteatros, como el pasaje descansado de una fábrica sin máquinas. Calles de mandriles con manos ahuecando bolsillos, con sus manos ahuecándose entre las piernas. Yo ni siquiera soy mulata, producto de mestura. Yo soy la de afuera, la de los hombros gruesos, viriles. La que acumula alborotadas malezas pérfidas en el jardín. La que pisa serpientes sagradas. La que no se cuida. La púgil*



*que bulle en la insatisfacción del verde. Soy la que nombra la geometría de su caída, la que no divide en partes iguales, la que se inhibe en congestión ocular, la que patalea. “Tenés que cumplir con todo, llegar a todo. Vamos, dejate hacer, nena”.*

“Aunque no quieras te voy a empuñar. Así que mejor, simulá”.

No está perfumada. Es hembra y lo sueña: él sube peldaños de madera, la toma del brazo, la baja de la cruz. Él la sostiene, socorre a su madre. Trae las manos cruzadas como mujer en rezo, en oración de gracias. Él siente compasión por la sangre que mana de la diadema de espinas imaginarias, la última costilla que se le corre por las piernas, ese aire óseo. Sus labios empalidecen ante el menguante latido. *Estamos callados. Él me desclava de la cruz, ya muerta. Él es la madre, la mujer, el discípulo. Él es mi padre, mi hijo. Para qué tengo estos trapitos. Para secarme qué cosa si todo en pecado se ha rendido.* Lacayos de crucifijos en inscripciones lacerantes. Allá arriba, nombres propios, identificaciones singulares.

Aquí no hay nombres; aquí, en el descenso de los abatidos, ellos experimentan con líquidos para que las plantas crezcan sin tierra, ellos pueden, ellos pagan. Quieren ver crecer sus flores rápido, más y más rápido, más y más y más rápido. Edifican rascacielos en los puertos. Ellos dicen que la quieren apretando la mandíbula jactándose de sus mentales cálculos matemáticos.

“No ensucies las paredes al caminar, nena. Parece que terminás de revolver la basura, tus manos están negras”.

Y sopla un viento del norte. Un viento que tuerce las tripas. Ellos creen que está tocada si admite que le crepita este viento de sirenas.

Una mujer se acerca atravesando pasillos de mármol, una mujer envuelta en gasas que abanicán el aire atraviesa jardines de calas y margaritas silvestres. *Las*

*mujeres que aún no soy se apiñan en la estación de tren, con sus rígidas polleras victorianas y sus lazos de recato provocadores. Soy las niñas que juntan hojitas de abril, las que bailan en cadena imaginaria, las que escalonadas abren sus manos invitando al sexto bailarín. Él está con la desconocida, la que esconde señuelos en sus ojos de párpados anchos, la que se levanta el camión y mira sus pies descalzos caminando bajo el agua. Nodriz que barre con su cabello el verduoso volumen del pantano, ella esconde una carta entre pliegues de tafetanes. Ella, la de labios rizados, la incorregible opulenta que se acurruca en los divanes de imperios mediterráneos. Esa ignota está con él.*

“No tenés nada. No encontraste, ni perdiste, nena”. *Yo reboto como si estuviese dentro de una cápsula, allí repaso las contraseñas. Como la apnea del veterano que aplasta, como esa respiración que se va a ningún lugar y vuelve, cordel gutural que fracasa en la obediencia. Con una aguijada separan la tierra, garantizan su rehabilitación. Ella revisa el repertorio de ventosas quemando como tentáculos, quemando para curar. Cuando se acerca puedo*

*ver los nódulos, la dureza abultada donde su padre lo mordisquea. “Es mejor entre nosotros. La sangre tira”. Ellos hablan despacito, odian el chirrido aflautado de su barriga.*

Entonces ella descansa abandonada bajo el baldaquino, en postura infantil, sonriendo con las cejas como después de un cuento. La bujía humeante y el alféizar anuncian en sus sueños la promesa de un encanto celestial. *El justo, el mártir, el piadoso me elige. Yo le asigno un séquito de mil vírgenes y él crea nacarados en la carne. Un séquito de vírgenes, de cortesanas, bajo el galope de un peregrino a caballo. Translúcido, ambarino, me acaricia con siglos de serenísima pureza. Una aparición de ojos abiertos y de pulso codicioso. Hambriento, mezcla cenizas y fuego en el brasero. “No vas a tener paz, bonita”.*

*Su pubis baja desde púlpitos violáceos, desde cúpulas. Baja desde capiteles toscanos. Cruza la antesala de carillones y oboes. En el nombre santo entrecruza mis manos. Mis manos que rezan. Mientras tanto él busca sal en mi vientre. Yo tengo un vestido calado, un delantal con*

*dibujos de olas que no cesan y un vientre lleno de sal, agujereado.*

“No te olvides, nena, te quiero adentro antes de que oscurezca”.

Mientras camina, una pierna se suelta. Da un paso para un lado y la pierna no quiere, no puede, queda anclada en la columna que la retiene. Debe volver antes de que ellos revisen la basura, antes de que hurguen inquisidores sobre los restos, sobre lo que derrocha, lo que no guarda, sus desechos. Abre la puerta y se acuclilla hasta que los bordes del vestido tocan el suelo. Cierra los muslos uno contra el otro. *No despintaré la laca de sus uñas. Miro hacia el techo, quiero tirar de los brazos de bronce de los que penden cristales ovalados. Y que se caiga el yeso. Dibujar un mapa quebrado en las alturas, un olimpo arañado. Inventarme figuras copiosas en movimiento. Figuras que se agrandan, cuerdas para atarlos, y obligarlos a que nos miren. Oh, cuando se exciten les dolerá la carne en la atadura.*

*Voy a comer y comer hasta alcanzar una forma trapezoidal. Voy a crecer desmesurada. Ellos no podrán verme, de tan cerca, de tan grande. Seré como lo que se observa desde abajo y carece de contorno definido. Sobredimensionada, primer plano tangible de formas que se aplanan. Les clavaré mis pupilas dilatadas. Un marrón verde que se expande en pétalos, en rayos voraces. Monosílabos obliterados, sus ojos se abren sobre sí, se curvan. Manchas azules se diluyen hacia afuera, se expanden como venas de sangre aireada. Entonces sentirá los órganos movidos de lugar. “Todo controlado, flaquita. Vos sos genéticamente delgada, por eso te elegí. Vos no sos de las que cambian, nena”.*

*Grasa. Rellenaré de grasa cada centímetro de piel, siliconas en las sensaciones. Salientes celestes sobre el verde. Blanco dentro del rosa sobre el rojo. Íntimas prominencias como llamas flameando sobre playas de pastizales, de altos pastos entre médanos de rocas. Será la*

ninfa sedentaria que se apoya en balaustres. Debajo de la marquesina de vidrio, mujer de carne brillante, de anchas caderas generosas.

Ellos cargarán sus dedos sobre el blancor mortecino de un agua que se estanca justo allí donde sus manos trastabillan, en el interior tembloroso, el barrido de polen sobre desiertos, entre colinas grises de cascadas secas.

Sale a la vida entre algodones ajustados sobre pezones de corazón de uva blanca. Erguida, fuerza la opulencia de antiguas civilizaciones, de pueblos primitivos. *¿Qué mirada caerá sobre mis gestos nutricios, sobre mis panes y vinos y naranjas?*

*¿Qué tejido transparente lo provocará?* Cuando camina sus ojos la tocan como tenazas, leen en su escote la dulzura ofrecida.

*Una voz me persigue detrás de puertas, de las claraboyas. Una voz me toma del cuello, inclina mi cabeza hacia atrás. Él me sienta sobre sus faldas. Su voz y su lengua y su idioma muerden mi inocencia que le*

*coquetea.* Todos los días, entre la intensidad de la seducción y el pudor de una promesa, late un augurio, la señal de una noche mansa acariciando su cuerpo.

*Tiene manos esa voz, tiene dedos como rastrillos que cavan. Se desabotona el saco esa voz. Suelta sus vellos. Y me mira, y presiona.* Le sorprende su sombra iridiscente. Agacha su cabeza en la oscuridad y descubre la luz que fluye en la silla donde se recuesta, su torso lábil hace ademanes, se incorpora. “Vamos a hacer un hijo, bonita”. Y llega, incontenible, un deshielo de montañas en primavera. Un agua de lava de volcanes, un agua con restos de cenizas glaucas. Riachos opacos, barcazas pesqueras, trabajadores y redes y velas y suciedad de costas en la calleja de sus piernas excavadas. Escribe con una pluma que derrama tinta azul. Tinta azul sobre el papel ya escrito. Sobre el papel secante, el azul dibuja formas con espaldas, con brazos, con manos nuevas. Indeleble mancha de tinta azul, grumosa, pastosa. Tinta de terciopelo azul. *En mi garganta esa tinta es seda salvaje que se achina, que vuelve al oriente, se convierte en origen.*



Luego se evapora, se seca sobre la madera, su aliento sopla una brisa de semilla de cereales. Se reduce a polvo, se desplaza como luces titilando en calles lejanas. Luces que en la lejanía se convierten en lunas brumosas. *Yo permanezco aquí, desde aquí imagino esa línea de luces que danza, que lame avenidas de jacarandaes vacía de paseantes, avenida de torres con sus ventanas como murciélagos.* Ve entre la niebla, ve ese polvo en el aire, la polución como una vertical de partículas en el claroscuro erguido de sus ingles.

*No sé cuántos años tengo.* No había registros en el lugar donde nació; si en su apariencia estuviera dibujado, como en el tronco de un árbol, el paso definitivo del tiempo, hablaría su cintura que se ahueca en el frío de la sábana. Allí donde se avergüenza tímidamente la cadera, donde se retrae, allí su blanda palidez, sus piernas. *No sé cuántos años tengo. Soy niña para cosas que*

*desconozco, que no puedo. Soy responsable adulta, con culpa imputable. Si me ven en la escena del crimen, si me vieran.* Es punible, en el tipo legal, la máxima sanción.

“Sin familia no sos nada, nena. Sos una persona sola. Nada”. Y todos están allí con sus ojos sin pestañas, con su mutismo en la acritud de sus bocas. Ellos cargan pliegues, libros cerrados, plumas, el relicario. Tienen dura la frente, duras las ojeras que se arrugan aliladas. No hay súplica en el halo santo que cantan sus plegarias. Han elegido, seleccionado. Han elegido el fruto nuevo, sacrificado cítricos pequeños para evitar el peso sobre la rama. Han calificado la necesidad. No hay alegría en la ofrenda. Oscuros ojos de muecas espantadas, de antiguos horrores, la miden. Bastones interminables de cejas borradas de sorpresa. Llevan banderas, un hacha y algún laúd, una flauta. Ellos les calzan los zapatos al que se sienta en la cabecera, le acomodan el cinturón. Se escucha un rumor de revoltijos, como fritada en las tiendas de campaña. Descorren las cortinas, se colocan alrededor de su cama, la rodean. *Tiran de la manta, me destapan.*

*Entonces buscan la infección de mis piernas, y con los dedos cruzados, entre sonrisas insinuadas, aprietan.*

Ellos concentran la infección, provocan su condensación brillante, una presión de gérmenes en los precipicios, en los abismos interiores atravesados de roldanas. Manos que buscan, brazos que se extienden hacia arriba, hacia abajo, hacia nada. Sogas, cadenas y torrecillas de sus cárceles purulentas. Hay escaleras en las cavernas subterráneas y una ventisca silba entre los techos convertidos en pústulas. Este es su aire, un espacio sin fondo, tinieblas de un verde frío, húmedo, que mancha las piedras. *Soy la prisionera que desea escapar y se detiene, corre sobre escalones que desaparecen. Soy la infección parapetada detrás de rejas, de puentes levadizos, de púas. Soy la enfermedad. Una multitud de pasarelas y argollas me rodea.* Está en el panteón que tortura, en el visor de las ruinas antiguas. Y talla, erguida sobre columnas, inscripciones ilegibles en el frontón desesperado. Punto de fuga de puentes colgantes, de arcadas sobre ríos de suplicios remotos. Navegantes arcaicos se arrastran por el

lodo. Se esfuerzan en alcanzar la otra orilla. Entonces llegan ellos y aprietan.

*Comprimen. Estrechan. Prensan. Aprietan.*

Sus piernas salpican, supuran un líquido tibio, amarillo. Y ellos huelen. “Hay que mojar, mojar y pegarte, nena”. Entonces le ponen una gargantilla atada al cuello, piedritas semi preciosas en la yugular. “También tu suciedad es nuestra, nena”.

Hay títulos originarios del nombre sobre la sangre. *Pastiches en pellizcos de joyas celebran la fiesta; sus dominios, mis miserias.*

*Ellos trazan sobre mí líneas rectas, huellas del castigo mesiánico para mantener mi forma prepuberal. Y yo voy tan atrás que gateo, tan atrás que me orino. Allí está el matarife y yo hago fila. En la desidia de la tarde, carne sangrando fauces, yo hago fila. El aire pesado de picada de grasa me ahoga con moscas alucinadas, cuando cruzo el umbral, un hombre se detiene ante mi cuerpo. Detrás del cielo, tiende sábanas gastadas de sol. Allí me baña con pétalos de aguaceros lejanos. Me da la mano en*

*el puente de los malhechores. Y orillamos casas de grises balcones medievales. Es una calle de trapería, una calle de locura donde una doncella vestida de negro, en un abrazo trágico, desata las cuerdas de una cuna de sábanas tibias. Tierna batita de médulas rotas sobre terrazas de muerte. Terrazas de mujeres con varas de espanto.*

*Nosotros caminamos arrobados. Las yemas de sus dedos juegan en mi boca, su lengua de caracoles se hunde sobre la arena de mi cuerpo que se ajusta. Mi piel es una pollerita sintética que se me pega al hueso.*

Al atardecer se cierran las persianas. *Todo está cerrado, todo oscuro dentro de mi garganta. Caen sobre mí las persianas. Quiero sacar un brazo de la cama, un pie. La detiene la rigidez de su cuello. No me deja salir. Y en la inercia, ella siente el aroma de la mermelada de todos los días, de todos los años, sobre la mesa. Él se agacha, toma su cabeza. “Es todo cuestión de costumbre, nena”.*

“Vos paseate con esa blusita; ahora, tomá. Vení, nena, tomá”. Sus ojos se rasgan como antiguos acueductos que recortaran una ciudad. Agua seca por los corredores

de España, el poder de la antigua Roma, aquí, en la soledad de otras calles. Pasaje del legado de los césares en tierras conquistadas. El acueducto. Una forma de puente en la depresión del terreno. Una forma que ya no conduce nada. Construcción vaciada, sin rastro. Una momificación. El muerto está vivo y todo sigue igual. Línea de circunvalación que rodea la plaza; la toma, cruel, severa; saquea bajo la ley de Dracón. Es el crimen perfecto, el vaciamiento sin sangre.

Entonces ella apoya sus talones sobre su pie. *Quiero atravesarlo, abrirle llagas. Como una ventolina que arrasa, quiero que mi pie de ojo de huracanes acorte los músculos de su planta, su pantorrilla. Todo mi pie sobre sus dedos rojos entumecidos.* Pero nada ocurre, y él se levanta caminando y llena sus bolsillos “Repartí estampitas, nena; distraete”.

Hacer algo para nada. Como una rueda dentada y una bobina, aparece desaparece la manivela que pone en funcionamiento el mecanismo. Un manguito sacude el émbolo y abre la válvula. El diagrama ajeno donde algo de

ella consiente. Así de mecánico este movimiento. Montaje repetido que la inmoviliza, la detiene, la suspende.

Cuidate, te digo, nada de impulsos, tragá saliva.

*Pero yo soy princesa. Noble belleza virgen. Acá tendida, abierta inconsciente, soy princesa, con un pañuelo en la cabeza, apretados los labios de mora machacada, soy princesa de nómades beduinos. Del desierto sin corte, de arena con lluvias de ausencia, soy princesa. Me ponen en una cesta para dormir y una tela sobre mi cara. Tengo zapatos de caucho reblandecido, pero soy princesa. Una fanática que tiene balas como dijes de collar. Princesa. Ellos dicen que estoy trastornada. Trastornada y calentita. Pero yo soy princesa. Debo caminar con aires de saciedad. Divertida y saciada.*

*En la oscuridad oigo el canto de las olas tempestuosas, espuma lamiendo rocas. Yo oigo un canto que es una ola de abanicos. En esa ola hay brazos de otoño entre nubes caídas. Es un canto de ola implorante, liturgia de tardes antiguas. Ella no ve la oscuridad, siente*

el frío de su báculo de panes, de flores, de espejos. Un báculo que él sostiene, que sostiene mientras se aleja entre las algas.

Todas las ventanas están desvencijadas, los vidrios rotos, el techo con voladura de chapas. Afuera, ellos juntan hojas secas del barro, y en negros vahos punzantes cumplen la epopeya doméstica colosal. Cábala insidiosa, rito del crepúsculo, su deuda de fertilidad. Entonces se arrodillan, la conjuran aceitando el acre de la noche. Con máscaras, con afeites, borran huellas del paso por su carne de sangre sin destilar. Y trabajan en la superación de sus genes. “Cómo los engañás, nena. Sólo yo veo tu piel desnuda, tu fealdad”.

En el hueco, sobre las sábanas de agua gélida, está sola. Mientras otras mujeres escriben cartas de amor, ella está sola sin lápiz, sin hojas. Sola. *Yo no necesito sobres para escribir cuentos. Yo necesito dientes y uñas. Y*



*un pico grande para masticarlas, devorarlas. Yo las haré desaparecer. Y no quedará nadie. Ya no habrá ojos vacíos, nadie se mojará los labios. Nadie. Vacío el buzón. Nadie. Haré pedazos las misivas de ternura, me pondré pedacitos en la boca, los tragaré. Nada. Entonces pondré gotitas en su vaso, borraré su memoria. Yo soy su recuerdo. Yo soy lo que recuerda. Yo, la que habla con los muertos, lo lavaré y lavaré hasta que pierda consistencia. Para que se multiplique su fascinación arcádica. Para que prolifere de la nada. La nada en mí, siempre hacia mí, desde aquí. Está sola y sueña, y se lava, se lava de perfil, de costado, raspando. Se lava mordiéndose. Se detiene siete veces y se vuelve a lavar. El agua tiene alfileres que arden, que provocan la incisión. Se lava con fuego. Tiene hebillas en los oídos, en la nariz. Hebillas de azabache con brillos de mariposa. Ellos le abrochan las hebillas en trenzas enredadas. Abrochan en la carne, le escarban adentro de los oídos. Una multiplicación de ramas secas escarbando debajo de la piel. Yo estoy sin piel. Está en esta sala de espera donde no muere nunca. Ellos enhebran pelusitas sueltas entre sus venas. Sin piel. Oropeles de*

bruma en la pulpa de los ojos. *Sin piel*. Malicia en la risa de Deméter de sus labios sin piel.

Entonces se esconde en las palabras del hombre de su sueño. Se va con él a una playa, atraviesa rutas camperas. *Un verano, un crepúsculo, un castañeteo de lenguas. Y su beso interminable adentro de mi cuerpo sin piel. En el vertedero del horizonte su cuerpo me penetra. Y no sé dónde termino, dónde empieza esta lluvia sepia que late dentro de mí. No sé si es mi sangre o la tinta de sus besos, de su cuerpo sin piel que flamea en puentes, en terrazas de café. En qué estante de qué plaza de qué árbol brota el humo que me quema. O es la ceniza de mi garganta que se encorva en la cama. No sé dónde, cómo, cuál es la línea del círculo que no se cierra.*

Y él le habla. *Tengo el cuerpo desnudo, sin piel, los brazos flojos, y él me habla.* Sus palabras como mordedura de jazmines. Es casi un canto, una sucesión de sílabas que ella tararea con sus pies, con sus piernas sin piel, con el vientre hundido entre sus piernas.

Ellas se pasean con el trapo de la cocina, quieren que se calle. Y pierde el control. Ellas abren el alhajero, eligen cadenitas, anillos de brillantes. Y ella pierde el control. *Él busca mis manos, me acaricia. Busca mis manos, me habla. Notas jaspeadas en una habitación vacía de roperos, de mesitas de noche. Es un cuarto donde no hay nada para guardar. Sus palabras de una música que me deshace, me rehace, me llevan hacia lo desconocido de mí. Yo pierdo el control, pero no basta, no alcanza, mis senderos se abren a su voz como arroyos lentamente persuadidos.*

Pero con la luz del día se vuelve transparente. Entonces, aunque ella trata de asirlo, sólo logra atravesar un aire que se anula, se suprime. Él también es el mudo, el desaparecido.

Ellas desmenuzan restos de comida, aprovechan los desperdicios. “No se te ocurra estar sola. Tenés que tener siempre a alguien al lado, nena”. Ella deja sus manos sobre el teclado de un piano que no suena. *Y pido que me peguen, cuando tenga el estómago traspasado de golpes me recostaré boca arriba. Desvanecida, caminaré hacia el*

*lugar de mi origen, hacia mi sueño. Desvanecida con un cortafrío abriré la pared, lo encontraré, hallaré su refugio, lo besaré, lo retendré entre mis piernas. No, no me detendrán. Qué adversativos me taladrarán cuando despierte, cuando vuelva sin arrugas mi pollera de poliéster, cuando regrese de ninguna parte con mi alegría sacudiendo la tierra. Preguntaré si todavía está ahí, si seguirá estando, si él estará... ahí. Porque si está ahí pondré cara de no saber y saldré de escena, volveré a partir desvanecida. Un viento traerá langostas que traerá el granizo que herirá la tierra. Y yo me escaparé de las plagas dejando atrás columnas de agua de tormenta. No miraré a los lados el clamor de los mares secos. Al salir, me pintaré la lengua. Lavaré mi boca con una solución alcalina y la pintaré de rojo.*

Pero oye silbidos. Se frota los ojos hasta provocarse chispazos en la cara. “Tenés que ser

imperturbable, desinteresada, reservada. Las muñequitas de lujo tienen que tener estilo, nena”. Entonces empuja la silla con la rodilla. Se remanga y la empuja. Se sube encima para ver si alcanza, para ver si puede colgar la vasija, asirse al tronco del árbol muerto. *Nada hubo de mí.* Los que la dejaron en esta casa no reconocen sus palabras.

*Aquí, entre mis piernas, se adelanta la pared, se corre. Se adelanta y se achica, se angosta. Se adelanta y se acorta. Arranco los picaportes de las puertas, pero ellos son hábiles, inventan anillas para abrir postigos. Reconoce esa voz, ese frío ruido metálico farfullando allí detrás. Entonces su cuerpo aparece, se adelanta y me oculta. Su sombra estrangula la tarde de verano, el silencio caliente de las veredas de enero. Imagino brillos de acero bordeando la zanja seca, pero el silencio tiene un olor a placas como grumos de leche, a calcetines de algodón. Y este olor da arañazos. El silencio es un olor, una mancha grisácea blanquecina, abre vesículas, recidivas de hongos en mis ganglios. Entonces me digo que el silencio no es la muerte porque arde. Se adhiere a las mucosas como una llaga, y arde.*

Ellos llegan con un plato repleto de higos. “¿Quién maneja el negocio, nena? ¿Quién te da de comer?”. Ellos llegan. Negras aves córvidas, negras aves de reflejos de hierro y cola redondeada. Llegan para atarla y darle de comer. Escarban con sus picos la asadura de sus carnes. *Y yo no puedo tragar. Inclinación febril del tórax sobre el abdomen, cística inclinación de pezuñas en mis piernas. Y no puedo tragar.* “Vos creés que las palabras valen más que las cosas, nena, ése es tu problema. Comé, comé, quiero un poco más de carne en tu culito”. Pequeñas semillas en el corazón fibroso, pequeñas semillas como larvas que duran treinta, trescientos años. Y ella atada, condenada por robar. *Y me quema las manos esa cosa que robé y no toco.*

*Me saca ampollas esa cosa que robé y quema, que quema y no puedo tocar.*

Es el séptimo día del polvo del soplo de la tierra. El día en que se puso nombres a las bestias y aves del cielo y se abrió y se cerró la carne. Antes de los espinos y los cardos. Antes de vestir túnicas de pieles. Varona porque del varón fue tomada. Desnuda y sin vergüenza. El

día del nacimiento antes de nacer. Antes de ver el fruto del árbol del huerto. Antes de que se encienda la espada que guarda el camino. *Antes del miedo de escondernos. Sonríe.* Con un corazón de piedra verde que late como río que riega el huerto. *Sonríe.* Antes de la codicia del fruto del árbol de la serpiente. Sonríe porque aún no hay dolor y el deseo no se enseñorea. Aún no se multiplican las preñeces, no se maldice la tierra. Sonríe. *Lo miro y le sonrío, sobre el color de jabón barato en sábanas relavadas.* En el olor de un baño en películas de grasa. *Le sonrío.*

Vuelve la cabeza hacia el costado, y nadie. Nada. Tiene una acumulación pastosa en el borde de los párpados de tanto dormir. Se restriega con un dedo y sale la legaña. Se deshace el ojo, la pupila se desenrolla. Y nada. El ojo sin pupila, en blanco, vacío. Sólo el recuerdo de la sonrisa en la boca y el ojo vacío. *Alguien enhebra algo mío en el ojo de una aguja.* Alguien. Algo. Nada. *Pinto todas las puertas y ventanas de negro. Cierro las aberturas.* Nada. *Tiño de gris los pasajes, descuelgo las cortinas.* Nada. *Vacío las tinajas. Hago desaparecer a los*

*hombres, a las mujeres, a los niños. Encierro a las viudas en levirato. Y nada. Desteto a las niñas, las despego. Nada. Visto a las nuremburguesas con trajes de baile, les ato cofias en el mentón. Más fuerte, más apretado. Ellas caminan medio encorvadas mirando el piso hasta saldar la cólera de Dios. Hay un trono en los labios de un turbante, un gesto de satisfacción. Pero nada, nadie. El cuello se inclinará en vano. Golpeará el ceño el vacío.*

Se agacha y ciñe el punzón para nada. La barrena no perfora el suelo líquido, la pared gelatinosa. Nada se niega, todo está abierto en el vacío. Nada. *Pinto de blanco las puertas, las ventanas. Está todo abierto. Adentro es afuera, y no hay nada. No es un pozo, un agujero. Es todo. No hay nubes en el cielo, ni sol, ni estrellas. Nada. No es un cielo. Es un cartón blanco sobre la maqueta de mi ciudad donde hay ventanas planas y puertas abiertas. Nadie entra, nadie sale. Afuera es adentro. Nada. Querrán poner en vano escaleras en los desvanes. Adentro no hay pisos. Un pequeño salto hacia arriba, hacia abajo. Nada. Y yo cierro los ojos y sonrío recordando. Una sonrisa expectorante. Expele gas radioactivo, humo invisible de*



dientes blancos. No es un gesto de coquetería. La muñeca está entera y sonríe en el cajón. Ante nada, nadie. El juguete abandonado. Es esa despedida, esa expulsión. Su sonrisa es vindicatoria. Es el desquite porque él amanece en otra cama, otra boca. *Y si él no está aquí mi sonrisa anuncia que tampoco yo.* Que ella no está y es nada. *Afuera es adentro. Nada.*

Se escapa. Como sonámbula camina por la calle donde duermen los gatos. La calle de los cambalaches. Se prueba un tocado de novia, un tul corto con corona de pescadores, guantes largos hasta el codo de seda blanca y un vestido color coral. Apoyada en un caballete de asador, sobre el mantel de hule, hay una foto antigua, de no sé qué matrona, qué dueña de casa. Hay una guitarra y un sombrero de terciopelo azul. Hay cacharros, teteras de loza picada, coladores de chapa. Palillos chinos en abanicos de papel y bolas de Navidad, y un sólo pie de una media de lana marrón. *Estoy perdida, como si estuviera lejos.* Una mueca de hilo sisal, una cartera de arpillera. Es la calle de lo que sobra. “Lo que está cuarteado se tira nena, no sirve. Quiero todo enterito en mi casa”. *La mujer en el retrato*

*me mira. Y la cara que la mira es más antigua que la foto. “Un hombre, nena. Un hombre al lado, qué más querés”. Entonces me mira y me pregunta por qué está aquí, por qué aquí, con ese peinado de raya al medio, con ese camafeo y ese collar de perlas sobre su cuello en tres cuartos de perfil. “Vas a ser siempre una perdedora. Eso te pasa por no obedecer, nena”.*

*Tengo que escapar, tengo que seguir escapando.*

*Voy a tomar un tren, un avión, un barco. Iremos a Grecia. Un pueblo marino donde las personas sean plantas, escombros, columnas. Ellos no la encontrarán nunca allí. Un pueblo de sandías y melones. Una iglesia bizantina y una taberna. Y cuesta abajo, playas arenosas y colinas arenosas, vestigios de un santuario de Zeus. Atravesaremos un pórtico en el puertecito del apóstol, puerto festoneado de mosaicos de máscaras de sátiros, de imágenes paganas. Lo buscaré y lo llevaré a Grecia. Nos hospedaremos en la ciudad vieja. Duraremos en la nervadura del cielo, en las casas recortadas como nubes abruptas. Y estará a mi lado la mañana siguiente. Rehogará en aceite los caballitos de mar, me dará de*

*comer. Y estará a mi lado la mañana y la tarde y la noche siguientes. Ellos no la encontrarán nunca allí. Y quizás ya no sea ni día ni noche. Quizás ya sea la muerte, esa duración que promete el castigo. Entonces ellos no sabrán que será santo lo que perdura, la perpetua tibieza de su aliento que la acariciará por siempre.*

*Iremos a Grecia. Aunque creo que ya estuve allí. Este lugar ya lo vi. Alguien borró con amoníaco el sello de cera que denunciaba el año del beso interminable. Me golpeo los hombros en las galerías, en el atrio mayor. Entonces me sostengo de los barrotes y es la cama, otra vez mi cama, este cuarto. Paredes de arena y losas de un sol que hiere. El sol de Grecia es una mancha blanca, un bruñido de neblina. El cordero, el becerril, el mar y los ojos. Grecia llena de ojos, de cuernos, ojos de zumo de acacias como tenazas apretando pezones. Una sirena calva con hocico de senos níveos. Y no puede escapar. “No sos confiable, nena. Te la pasás cambiando de opinión”. Y ella no cambia de opinión, cambia de cuerpo. Turquía, Grecia, Armenia, Argentina. Yo no cambio de opinión, cambio de cuerpo.*

Tiene apenas un año, ellas la zarandean para dormir. Atada en ángulo, está cubierta con mantitas de puntilla, fajada y envuelta desde el cuello hasta los pies. Ellas la zarandean mientras secan hojas de menta en un trapo sobre el piso. Y en el balanceo se cae sobre techos con ropas tendidas, entre pirámides rocosas, grutas de erupciones volcánicas. Cae sobre una montaña con sandalias rosas, a un lago sin vida, sobre el Mar Negro. Cae sobre el mármol humeante, sobre un camello que ataca veinticuatro cúpulas abajo. Como trillo va rasgando el marfil, decolora el azul de pájaros en azulejos. Deshilacha todas las alfombras en la peladura de un bazar hambriento. *Me caigo. Tengo un acceso de fiebre y una niña en el vientre.* “Ahora tendrás un hijo y una niña. Qué burla, una niña de otra niña”. Ellos no se glorificarán. “El varón es de los míos. La nena es tuya, toda tuya”. Una pasajera, la que lo alivia, ahora será madre de una niña.

La examinan, la inspeccionan, la revisan. Pero el pensamiento no tiene moretones. *Y me duele.* No hay forma de aliviarlo. *Que si me siento o me acuesto o me paro o camino.* Siempre la misma idea, la misma imagen

que duele por todos lados y no tiene moretones. *Se mueve como odalisca y baila, me tira gasas de colores cosidas con moneditas, trepa. Se me adhiere como zarcillos, se me enrolla. Lleva la marca de Adriano y manos de campesina. Se emparra, tiene el dedo externo unido al medio, y versátil, lo dirige hacia atrás. Abejarucos de alas azules y verdes, sensación que se encarama, que me monta, ay Dios, me devora.*

Es un aire que la traga, un embudo de presión de aire. Abre la última puerta, despresuriza la cabina, la chupa. *Voy a hacer dibujos en la pared con esta imagen. Voy a tallar la pared para que no salga, para que no venga desde África, desde Asia. Voy a decir que fue concebida en trece meses. No dejaré que el aire infle las cortinas. El dedo índice no se manchará de sangre. Inhala. Exhala. Es su respiración. Estoy subida a la tarima y este aire está dentro de mí. Regular y rítmico, óxido de orín en la estación de tren. Está. Miles de piezas dentarias partidas, miles de muelas tiradas, colmillos entre moscas en la plaza de Argel. Está. Es la promiscuidad de la regla, la repetición de lo que debe cumplir. Regular y rítmico.*

Está. Una toalla sobre la cabeza, un pañuelo. Una medida adentro. *Un dedo, una medida.* Una procesión de hombres riendo, una procesión de mujeres calzadas sin talón. Está. Espasmódico, convulsivo, arqueando el cuerpo. Aire caliente de pan cocido sobre la piedra. Aire de nicho. *Está y quema.* Ácido que corroe el papel. Habrá una mancha en su cara, en sus ojos. Y la mancha ya está en la foto, anunciada en el ácido del papel. Está y viene. Ya vendrá.

Baja las escaleras a hurtadillas. Se para al costado de sus camas mientras duermen, los mira. *Tengo tirones en las manos, tirones en los dedos.* Espía sus pies sucios. Y ese olor despellejado mientras duermen y la cama que se ensancha. Duermen con tijeras en los labios, empastados en vibraciones negras de hachas, de martillos. Ellos tienen sueños maquinales. Y tubos como gargantas que roncan. Y besos babeantes. Se ponen boca abajo y cavan una zanja. *Y me tocan con esa saliva que se les escurre de la boca. Me pongo en guardia. Un animal me azuza.* Y aunque se sienten en jurado de tribunales, y traten de evitarla, se disfraza, cabalga hasta la frontera, cruza fuegos y sirenas. No será inocente.

Los está mirando al costado de sus camas. Se arremanga. *Me pongo de costado para que no me salpique. Retengo el aire, no los respiro.* Una hoja con filo de un solo lado, una hoja inserta en mango crucífero. *Y ahora. Y ahora por los escombros del vertedero gritando en otra lengua. Ahora por mí y por los niños apilados detrás de la tapia.* Tiene las medias ceñidas. *Por mí. Por la marejada de madres asfixiadas en el mismo llanto. Por mí. Ahora por mí, semen de espuma que se evapora y no llega y no me alcanza y no viene. Por mí.* Se cruza de piernas, se tapa con el vestido negro. Sostiene la bolsa de Holofernes.

Los está mirando al costado de sus camas, les clava la vista.

Y ellos duermen.

*Yo espero el charco.*

---